

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

UN CRIMEN EN MI ESCALERA

*Frank
Caudett*

SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



Abrí, por ser lo que procede cuando están llamando a la puerta de uno.

Sea cobrador o sea el buen samaritano, ¿qué más da?

Y abrí la puerta de par en par.

Como tiene que ser, ¡qué leches!

Y el tipo casi que se me tira encima.

¡Vaya desespero por cobrar!



Frank Caudett

Un crimen en mi escalera

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1665

ePub r1.0

Lds 20.02.19

Título original: *Un crimen en mi escalera*

Frank Caudett, 1982

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



PRESENTACION

—¡Hola, familia! ¿Qué tal por ahí? Supongo que bien, ¿no? Bienvenidos o malvenidos (según se mire; pura y simple cuestión de matiz) a este chamizo —oficina para los mojigatos— de miseria y preocupación. De aburrimiento y bostezo. Bienvenidos... si así lo prefieren.

Silencio.

—¡Eh, caray...! Qué es a ustedes, a los que están frente a las páginas, a los que leen, a los que aún tienen unos dólares para gastárselos en novelas. ¡Qué suerte, tíos! Tener unos dólares... A ustedes, sí, a ustedes les estoy hablando. Será porque ya ni el gato me da conversación. ¿Cómo...? ¡Ah, ya, comprendo! Que no pueden contestarme, que no pueden dirigirse a mí. Bueno... ¡qué le vamos a hacer! De todas formas ya sé que en el fondo les gustaría, ¿eh? Vaya farde andar luego a contarles a los amigotes que habían charlado de tú a tú con un auténtico detective americano, de Nueva York por más señas. ¿A que sí les gustaría poder colocarle el rollo al borde del jefe o al fantasma del vecino de al lado que siempre anda jorobando con lo de su coche nuevo o las mejoras que acaba de efectuar en el chalet y que le han costado un... y parte del otro?

»Pero si no pueden contestarme, ¿a qué leches viene este diálogo? Continuaré en simple y vulgar monólogo, porque yo estoy condenado a hablar solo, sí.

De veras que iban a fardar muy poco diciendo que habían hablado conmigo. Porque ni soy Búfalo Bill, ni Perry Mason, ni tan siquiera el ojo distraído Colombo, y mucho menos el durísimo McCloud. ¿Qué iban a contarles de mí a sus amistades?

Dennis Wagner, yo, un pesquisa de tres al cuarto.

Una verdadera porquería de tío.

Sin un puñetera dólar en el bolsillo.

Lo mío, palabra, es de juzgado de guardia.

Sólo me queda este chamizo —oficina, insisto, para los puritanos — ubicado en el Queens, más concretamente en el 617 de Crescent Street, debajo de Long Island City, dentro de un edificio de apartamentos, ni muy antiguo ni excesivamente moderno, que me sirve de oficina (eufemismo) y vivienda... y que al paso que voy no me servirá de nada porque me pondrán en la puñetera rué por falta de pago.

En la puerta tengo un letrero, eso sí: DENNIS

WAGNER - PRIVATE

EYE.

La vida es una pura ironía. Detective privado. ¡Ja, ja, ja!, y se reía.

Más que ironía, la vida, para algunos, es auténtica tragedia. Yo me encuentro entre ese número de elegidos.

Por eso les he dicho que no iban a presumir demasiado diciendo que habían platicado con un servidor.

Me da vergüenza, sí.

Porque los detectives americanos, sobre todo los de película y novela, suelen ser por lo general unos tíos cojonudos, ¿vale? Más duros que el corindón y el diamante juntos. Y son valientes, atrevidos, temerarios, arrojados, violentos... ¡si me vieran a mí! No es que no sea todas esas cosas, es que no me dan oportunidad de demostrarlo.

Mis colegas éstos, traen de culo a media humanidad. Salen con frecuencia en los periódicos. Resuelven brillantemente casos difícilísimos. Se meten en jaleos, combaten a peligrosos criminales, se juegan el pellejo cada tres por cuatro... ¡la tira!

También es costumbre que el teniente de homicidios de la comisaría del distrito se la tenga jurada porque siempre se le anticipan a la hora de solucionar los enigmas y descubrir al asesino... ese teniente, con una mala leche impresionante, espera que el sagaz investigador cometa el más pequeño desliz para meterlo entre rejas o acusarle, como mínimo, de asesinato en primer grado.

A mí, en la comisaría del distrito, me ignoran. Dudo de que sepan que existo. George McCrea, el teniente de la Brigada de

Homicidios, no me hace ni puto caso. A veces nos cruzamos por la calle, pero se hace el loco para no saludarme. Estoy seguro de que le da rabia y vergüenza que yo no provoque sus iras y le dé la oportunidad de aguardar el dulce instante de entelegarme o presentar contra mí una grave acusación.

O sea, que todo parecido entre un auténtico detective privado y un servidor de ustedes es fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con Hercules Poirot, el comisario Maigret, Perry Mason o Sherlock Holmes, será simple coincidencia.

¡Hombre, en algo sí que doy la talla! En el palmito. Y eso no es pura coincidencia sino genuina realidad. Algo debía tener, ¿no les parece? Un metro ochenta y cinco de pies a cabeza, que no los tiene todo el mundo, ¿eh? Y las chavalas aseguran que no soy mal parecido; al menos, a una mayoría de féminas les caigo bastante bien.

En especial y muy en particular a Verónica Douglas. Le entré por el ojo un día que yo estaba tomando una copa en un «pub». Verónica estaba al otro lado de la barra, sirviendo, bastante escotadita para alegría de la clientela. Se agachaba un poquito, ¡y hala!, panorámica lactaria de primera categoría. Y es que tiene un par de interiores en punta que son demasié. Pero a lo que iba: Verónica se quedó conmigo y me echó los tejos sin rodeos. Me hizo un abierto ofrecimiento que hube de aceptar por aquello del qué dirán.

Verónica, ya en privado, me convenció.

Porque además de tener un cuerpo de cofia y de programar un despelote con suspense que no lo mejora ni una *strip-teaser* profesional, se lo montaba sensacional. Y después de eso, en el relax, Verónica tiene conversación. Es una chiquilla culta con la que da gusto hablar. Eso es lo que yo llamo hacer el amor a nivel universitario.

Pero el día menos pensado se cansa de mí porque ya debe estar harta de invitar siempre ella. Consecuencia de mi nula liquidez, claro. No espera nunca que yo haga, al menos, el gesto de echar mano a la cartera; ¿para qué?, debe pensar, si sabe sobradamente que no llevo un puto centavo. Si, acabará cansándose, por muy bien que yo le caiga y por muy a gusto que la ponga cuando tengo que

ponerla a gusto.

¿Mi vida profesional? ¿Es eso lo que se están preguntando?

¡Por Dios, familia, que eso está claro! ¿O es que no saben leer entre líneas?

De pena, queridos, de pena. Yo no me como un rosco ni anunciándome en las páginas amarillas. En el fondo soy un tipo con desgracia, con mala suerte... con tanta, que estoy seguro que si montase un circo me crecerían los enanos.

¡Mi vida profesional! Si ya no sé ni lo que significa la palabra *profesional*.

El último caso (¿?), y digo caso con interrogante por decir algo, me lo ofrecieron hace cuatro meses largos. Se me plantó en el chamizo una vieja cargada de arrugas y de puñetas, gesticulando alarmada, hablando atropelladamente y con la respiración entrecortada, agitada, como si hubiera visto a Hulk y mostrándome una pitillera de oro con las iniciales «M. B.».

«—¡Esta pitillera la he encontrado en el bolsillo del chaleco de mi Thomas!».

Su Thomas era el que compartía con ella la licencia de matrimonio. Y al vejestorio se le había metido en la cabeza que su Thomas tenía un devaneo a calzoncillo quitado con la propietaria de la pitillera... porque para mí probable cliente, las iniciales «M. B.» eran femeninas.

«—¡Esa tía, esa ramera barata tiene que llamarse Marta, Mónica, Marjorie...! Y le está sacando el dinero a mi Thomas, ¿sabe? ¡Seguro que le ha administrado algún brebaje y mi pobre Thomas...!».

Total, que me pidió que investigara la vida privada de su pobre Thomas. Cuando conocí a Thomas me caí de espaldas. Ni la más tirada del barrio chino se acostaba con semejante calcomanía ni aún cobrando. Su Thomas era asqueroso por los cuatro puntos cardinales.

Eso no lo puse en el informe, pero sí escribí que Thomas era un santo y casto varón, incapaz de traicionar a su amante esposa. Lo de la pitillera no podía ser más que una casualidad; la habría encontrado en la calle o en un andén del *subway*.

Total que, por devolverle la confianza en su Thomas y cantarle por escrito las virtudes morales que su media naranja atesoraba,

conseguí sacarle ciento cincuenta pavos.

Desde entonces hasta este preciso instante en que me desahogo con ustedes... ¡ustedes que aún tienen unos dólares para invertirlos en novelas!, desde entonces, decía, hasta ahora, sólo vicisitudes, cuitas, penas y miseria.

Han hecho un mal negocio invirtiendo en este bodrio detectivesco. Se van a aburrir de lo lindo. De la mano de Dennis Wagner, un servidor, no esperen emociones ni nada parecido. Estoy acabado. Más que Lucho Gatica que canta con

play-back

y no se le oye. Lo del Caudett ese trayéndome a mí a estas páginas, es de un cinismo mayúsculo. ¡Pero...! ¿Cómo voy a intrigarles, divertirlos, emocionarlos y todo eso que hacen los detectives de novela?

Yo de ustedes, ¡la rompía ahora mismo! La novela, claro. A mí no pueden romperme por mucho que se empeñen. Favor que me harían, desde luego.

¿Cómo...? ¿Que por qué no me pego un tiro?

¡Leche! ¡Que tampoco es tan grave la cosa!

¿Que como me las arreglo para comer?

Cuestión de administrarse: cuando no se tiene nada no se come nada; o se deja uno caer por el apartamento de Verónica.

¿Qué...? ¡No, no, de eso nada! De macarra nada. Mi madre no me parió para eso. Cualquier cosa que reciba de Verónica, hasta sus exhaustivos encantos, es a título de préstamo. Cuando aparezca el caso de mi vida, que supongo aparecerá antes de la jubilación, saldaré mis deudas con Verónica... si vive todavía.

¿Que cómo no se me ha ocurrido buscarme otra cosa?

¡Toma... estaba esperando que ustedes me lo dijeran!

¡Claro que me he buscado otra cosa!

Periodismo deportivo, familia. ¡Ahí sí qué hay porvenir! Para algunos, digo yo. Porque para mí... Tampoco puedo quejarme porque no he hecho más que empezar, ¿eh? Colaboro —cuando me dejan— en una publicación deportiva de gran tiraje: «SPORT HOY». Me estoy especializando en el *soccer*, que es lo que en Europa llaman fútbol o balompié. Un deporte que en Estados Unidos ha ido tomando auge en los últimos tiempos, y sobre todo en Nueva York, con ese equipo fabuloso que se llama COSMOS, por el que han

desfilado figuras de talla mundial como Pelé, Beckembauer, Cruyff, Chinaglia... bueno, el italiano Giorgio Chinaglia aún sigue y se ha convertido en uno de los mandamases del COSMOS.

Lo que yo digo, ¡la puñetera suerte! Parece que hay algunos que han nacido con la flor en el trasero. ¡Quién se lo iba a decir a Chinaglia cuando llegó a Nueva York en plan de *crack* ya maduro y caduco!

Mi último trabajo para «SPORT HOY» ha sido una entrevista a toda plana con una de las discutidas estrellas del COSMOS: Johan Neeskens. Empecé el reportaje comentando con «Nes» la eliminación de la selección holandesa, a pies de Francia, para el Mundial-82. Luego charlamos de sus problemas en el COSMOS, con el entrenador alemán Hoennes Wesweiler, de su anterior vida un tanto turbulenta a base de alcohol y mujeres, etapa que me dijo estaba superada y por último, como siempre, tocamos el tema de su futuro.

No me quedó mal: cincuenta dólares.

Pero no han vuelto a encargarme nada.

No, si como ven, voluntad ya tengo. Pero suerte, lo que se dice suerte...

Bueno, y ahora sí que se me acaba el rollo. Porque no sé qué más contarles: estoy sin un centavo y eso ya lo saben; debo dos meses de alquiler y eso no lo sabían...

¿Cómo...? ¿Que vaya esta noche al apartamento de Verónica?

Esta noche puede que no porque mi ánimo está muy decaído, pero como las cosas sigan así... tendré que ir noche sí y noche también.

Es triste y desagradable pensar en el amor bajo un prisma... digamos comercial. Máxime cuando se trata de una chavala como Verónica que se lía a despelotarse y te pone en el noveno cielo con sólo ver todo su...

¿Me permiten que tome un trago? Es para olvidar, claro.

La letra de los tangos está llena de hombres que beben para olvidar. No sé si Carlos Gardel le dedicó alguna a un detective privado... En fin, botella habemus y consuelo encontraremos.

¡Riiiiing! ¡Riiiiing!

¡Joroba! Ni tirar del frasco del jarabe me dejan ya.

¿Han oído esa punzadita armoniosa que rompe el silencio y que

algunos definen como llamada?

Pues sí, están llamando.

Es el timbre de la puerta de mi chamizo —¡oficina, vale, oficina... no se cabreen por eso!—, al otro lado de la cual está un tipo apretando el zumbador con el índice de la diestra y sosteniendo, seguramente, una factura en la siniestra —lógico llamar siniestra a una mano que exhibe facturas y recibos—, con la utópica esperanza de cobrar.

Ni idea de lo que puede ser porque no contabilizo los débitos y creo, incluso, que he perdido la cuenta de lo que debo.

Le recomendaré una visita al maestro armero que es quien ahora se encarga —según decreto de la Casa Blanca— de abonar las trampas de los morosos.

¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing!

¡Cómo insiste el jodido!

Aplazaremos el trago. ¡Y el pago, qué duda cabe!

No tardaré yo en beber, sólo una pausa; pero él en cobrar, una eternidad. ¿Qué les parecen mis conceptos filosóficos?, ¿eh? El que uno sea pobre no significa que...

¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing!

¡Cuánta prisa para no cobrar, tío!

En fin, con el permiso de ustedes, queridos, voy a dar la jeta. Sistema que garantiza el que te la partan.

Lo hago por ustedes, para causarles buena impresión, para que se den cuenta de que valor, arrojo y temeridad para enfrentarme a mis acreedores —como los detectives de verdad a sus difíciles casos—, no me faltan.

A lo mejor —o peor, según se mire—, alguno de ustedes, de los que están ahí, leyendo y hasta «vacilando» conmigo, no son tan decididos a la hora de echar el resto ante los que traen facturas, ¿eh?

¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing! ¡Riiiiiiiiing!

El tío se desespera, ¿vale?

Abriré, sí.

CAPÍTULO PRIMERO

Abrí, por ser lo que procede cuando están llamando a la puerta de uno.

Sea cobrador o sea el buen samaritano, ¿qué más da?

Y abrí la puerta de par en par.

Como tiene que ser, ¡qué leches!

Y el tipo casi que se me tira encima.

¡Vaya desespero por cobrar!

Le aparté con cierta delicadeza.

—¡Uy, menos mal, menos mal que está usted en su apartamento!

¡Oh, en su oficina quiero decir! ¡Menos mal, señor Wagner! ¡Qué horror, madre mía! ¡Oh, que cosa más horrenda! ¡Menos mal que está usted en su oficina! Pero ¡qué hombre!, ¿cómo ha tardado tanto en abrir? ¡Qué horror, señor Wagner, qué cosa más horrenda!

Era marica perdido; eso estaba clarísimo.

Lo tenía visto de tropezármelo alguna vez que otra en el ascensor o por las escaleras. Vivía en aquel edificio.

Lo aparté de nuevo, con menos delicadeza que antes. Porque uno está chapado a la antigua y aún siente viejos prejuicios que seguramente se derivan de una pedagogía poco democrática; bueno, que me fastidia que me sobe un mariquita y se acabó.

—¿Se puede saber qué quiere y de qué me está hablando? —le pregunté sin la menor cordialidad.

—Usted me conoce, ¿verdad, señor Wagner?

Seguíamos con las medias frases. Iba a contestar que «por desgracia», pero me lo callé.

—Le conozco. Creo que vive usted en esta finca.

—¿Cree...? —Me miró con los ojos agrandados, con sorpresa—. ¡Hace diez meses que vivo aquí! Y nadie puede decir ni así —hizo

un gesto característico— de mí.

—¿Y para eso viene a tocar el timbre de mi puerta con frenesí desesperado?

Se llevó las manos a la cabeza con trágico patetismo. Y soltó:

—¡Se ha cometido un crimen, señor Wagner! ¡Un crimen, qué horror...! En mi escalera... —Me miró a los ojos, hizo una cuquería muy propia de él y rectificó—: ¡En nuestra escalera! Arriba, arriba en mi planta, en la décima. ¡La chica está en el pasillo! ¡Muerta! ¡Uy, qué horror! ¡Estoy asustadísima! ¡Oh, perdón, he querido decir asustadísimo! La muerte me impresiona mucho, señor Wagner. ¡Muchísimo! Señor Wagner —se había puesto muy serio de repente—, ¡tiene usted que investigar ese crimen!

Fui yo quien ahora abrió los ojos, sorprendido.

—¿De veras, amigo? ¿Por qué yo, precisamente?

—¡Uy, que tontería! Porque es detective privado, ¿no? Y si se ha cometido un crimen en nuestra escalera lo más lógico es que se encargue usted de las investigaciones, de descubrir al asesino y todas esas cosas que hacen los detectives, ¿no le parece así?

En parte, tenía razón. Porque yo, al menos lo decía en la placa, era detective privado. En cuanto a lo de averiguar quién era el asesino y...

—¿Cómo sabe usted que se trata de un crimen? —le pregunté.

Me cogió de la mano, cosa que me dio bastante coraje, al tiempo que exclamaba con su innato amaneramiento:

—¡Venga, por favor, venga conmigo! ¡Uy, que hombre, parece que me tiene miedo! Venga antes de que llegue la policía.

Ya estábamos corriendo escaleras arriba.

—¿La policía? —inquirí—. ¿Quién la ha avisado?

Hizo una cosa muy rara con toda su afeminada anatomía. Como si le hubieran metido... (no sean mal pensados, puñeta) una descarga de cinco mil voltios.

—¡Uy...! —exclamó—. ¿Quién quiere que les haya avisado? ¡Pues yo, hombre, yo! Que para eso he tenido la desgracia de llevarme el enorme susto de descubrir el cadáver. ¡Qué trago más amargo, madre mía!

—Oiga, oiga, amiguito. A ver si me entero de la película —fue un servidor quien ahora tiró de la mano de aquel ente muy dudoso, deteniéndolo en seco entre peldaño y peldaño—, ¿eh? Usted

descubre un cadáver en su... en nuestra escalera, deduce al instante por su cuenta y riesgo que se trata de un crimen y avisa a la policía: correcto, hasta ahí, su ciudadano comportamiento; pero... una vez hecho todo eso, ¿para qué leches me marea a mí, para qué tengo yo que investigar si la bofia ya está en camino? Es asunto de ellos y no mío, ¿estamos, amigo?

—¡No me fío de la policía, hombre! Hay que avisarlos por obligación, pero lo que es para investigar... ¡Venga, señor Wagner, sigamos para arriba! ¡No sea pesado, hombre!

¡No se haga más de rogar! Para usted eso son cosas normales, cosas del trabajo digo yo, ¿no?

¿El trabajo... decía él? Sí, claro, el trabajo.

Le seguí, y aún no sé bien el por qué.

Décima planta.

Era un largo pasillo, como los demás, que partiendo de la puerta del ascensor se bifurcaba a izquierda y derecha, en línea recta, para acabar formando en cada extremo un recodo trazado a escuadra y cordel al que seguía una prolongación aproximada de cinco metros por banda.

En cada una de esas prolongaciones se abrían las puertas de dos únicos apartamentos. Uno frente al otro, qué sumaban cuatro y que, añadidos a los diez de lo que se podía llamar corredor principal, totalizaban los catorce apartamentos de que se componía cada planta.

—¡Por aquí, por aquí, sígame! —Y echó a correr hacia el fondo y a la izquierda.

Doblamos el recodo casi al mismo tiempo y mi guía se detuvo en seco por lo que, desgraciadamente, me precipité sobre él.

—¡Mire, mire...! ¡Pobre criatura! ¡Qué horror! Está muerta...

Y tan muerta como estaba.

Un vistazo (muy profesional yo pese a mi larga temporada de ostracismo) me bastó para comprobar que se trataba de un «trabajo» limpio. Un solo balazo en mitad de la frente. Un impacto seco, matemático, preciso. Obra de un especialista, sí.

La muchacha, muy bonita por cierto pese al agujero que le habían abierto encima del entrecejo, estaba boca arriba a consecuencia de la fuerza del impacto que la había empujado hacia atrás.

—¿Qué... que le parece, señor Wagner?

—Pues eso, amigo. Que está muertísima.

—¿Por qué la habrán matado? —me preguntó.

—¡Pero...!, ¿por quién me toma? ¿Tengo cara de adivino? ¡Y yo qué sé! Oiga —dije con más calma—, por lo visto, sólo usted se ha enterado del asunto, ¿eh? Un disparo siempre atrae la atención de la gente y... —me callé al instante, justo en el momento en que pensé que el arma podía llevar un precioso silenciador. Cambiando de tercio, pregunté—: ¿Cuándo ha descubierto el cadáver?

—Hace unos diez minutos. Yo vivo aquí... —señaló la puerta del apartamento que estaba situada a la derecha—. Venía de la calle y al doblar el recodo, ¡qué susto, madre mía!

Entonces vi el bolso, tirado en tierra, más allá de la cabeza de la infortunada, que se le había escapado seguramente por la violencia del impacto. Me agaché, lo cogí, lo abrí, lo registré en segundos y me quedé por instinto con una agenda de bolsillo.

—¡Eh...! ¿Qué está haciendo, hombre?

—¿No ha dicho usted que debo investigar el crimen?

—Sí...

—Pues recojo posibles pistas, bobalicón.

—¡Bueno, bueno, no hace falta que me insulte por eso! ¿Oye...? Creo que llega la policía.

Llegaba, sí. Con el revuelo y follón de costumbre. ¡Mira que armaban jaleo aquellos tíos para no resolver nada! ¿Verdad que sí?

Con el teniente George McCrea a la cabeza.

¡Eso me alegraba, mira por dónde!

Esta vez no me ignoró como cuando nos cruzábamos por la calle. Hasta me dio la sensación de que le molestaba mi presencia. Eso quedó claro al encararse directamente conmigo, preguntando:

—¿Qué hace usted aquí?

—Más o menos lo mismo que usted, teniente.

—¡Eh, tipo listo! —exclamó—. No tengo el ánimo para estupideces, ¿comprende? Acabo de hacerle una pregunta, pesquisa.

—Detective —le corregí, sintiéndome importante una vez en mi vida—. Dennis Wagner, detective privado. Parece que se ha cometido un crimen en mi escalera... porque yo vivo aquí, ¿sabe?

Por un momento dejó de prestarme atención para repartir órdenes entre quienes le acompañaban: fotógrafos, expertos en

dactiloscopia, agentes uniformados, etc. Luego se ocupó por unos minutos del cadáver, dando vueltas a su alrededor e inclinándose sobre él, para alzarse de súbito y volver su inquisitiva mirada hacia mí.

—Así, que se ha cometido un crimen en su escalera, ¿eh? —soltó con mordacidad burlona—. ¿Está seguro de que se trata de un crimen?

—¡Qué va, teniente! La chica se ha pegado un tiro en la frente y luego se ha comido la pistola. Es una nueva técnica del suicidio, ¿no lo sabía?

El larguirucho y desgarbado McCrea se me vino de cara con intenciones aviesas. Lo paré en seco, así:

—Yo no sé judo ni karate como los detectives del celuloide, McCrea..., pero, desde que se inventó la patada en los cataplines, sobran las artes marciales. Cuidado con lo que hace, ¿eh?

—Lárguese, detective, lárguese antes de que me arrepienta. ¡Desaparezca de mi vista, Wagner!

—Lo siento, teniente. Alguien me ha encargado que investigue acerca de este asesinato. Tengo un cliente y ello me otorga el derecho de estar aquí. Lo dice la ley, ¿recuerda?

—¿Quién es su cliente, Wagner de todos los demonios?

—Esa pregunta sólo se la responderé al fiscal del distrito o al juez. Es la ley, ¿recuerda?

Iba a mandarme a la mierda pero seguro que le había impresionado lo de la patada en los cataplines. Se ocupó de mi cliente.

—Y usted, ¿qué? Supongo que es quien nos ha avisado, ¿no?

—¡Uy, teniente! Está usted muy furioso, ¿no le parece? Usted pregunta, usted responde, usted se lo dice todo... ¡Oh, qué hombre!

Vi como McCrea se llevaba las manos a la cabeza frotándose sus lacios y castaños cabellos casi con desesperación.

—¡Lo qué me faltaba! —Largó. Preguntando—: ¿Cómo se llama, descubridor de cadáveres?

—¡Qué insolencia! Me llamo Massimo Richi y...

—Pues bien, Massimo Richi —le cortó el teniente—, ¿ve a aquel señor gordito de la gabardina *beige*? —señalaba a uno de sus hombres, que precisamente se estaba ocupando del bolso que yo había registrado con anterioridad—. Es el sargento Stewart Moore.

Vaya a su lado y Cuénteselo todo. El le dirá cuándo tiene que pasarse por comisaría para firmar su declaración, ¿entendido?

—¡Sí, sí, ahora mismo!

—¿Qué...? —El teniente de la Brigada de Homicidios George McCrea se dirigía de nuevo a mí—. ¿Alguna hipótesis, señor detective?

Hubiera querido decirle que sí para darle con algo en las narices. Pero no me pareció prudente hacerle partícipe de la modesta composición de lugar que yo me había formado a ojo de detective en paro porque, a lo mejor, estaba pensando lo mismo. O no, ¿quién sabe?

Se me ocurrió otra cosa para fastidiarle:

—¿Está solicitando mi colaboración?

Soltó una carcajada, ofensiva desde luego, coreada por alguno de sus imbéciles subordinados, preguntando con punzante ironía:

—¿Eso que es, detective? ¿La imbecilidad del siglo? ¿Su colaboración... de veras que ha dicho su colaboración? ¡Por favor! ¿Quiere que nos meemos de risa? No haga más el ridículo y deje investigar a los que...

—Si no quiere que ponga en práctica lo de la patada, ¡y le juro que me estoy muriendo de ganas!, ahórrese las ironías, polizonte. ¡Ah, tío listo!, tengo el presentimiento de que acabará arrastrándose hasta mi oficina como una serpiente —eso era un decir, desde luego, pero necesitaba desahogarme— para pedirme ayuda, teniente.

Y me largué al instante del lugar. Tampoco tenía nada que hacer allí y no era prudente seguir calentando el ambiente entre McCrea y yo. Estaba satisfecho de que me prestara atención de una vez por todas, pero la prudencia aconsejaba no abusar.

Además, supuse que, cuando Massimo acabara de charlar con el sargento, se daría una vuelta por mi oficina... para concretar.

Insisto que solamente lo suponía.

CAPÍTULO II

Y había supuesto bien, ¡digo!

El de no probada masculinidad había tomado asiento al otro lado de la desvencijada mesa que ocupaba la estancia que me servía de oficina.

Pensé muchas cosas y pensé, por encima de todo, que no debía pasarme ni extremar mis condiciones, por si acaso... por sí se arrepentía. De todas formas, estaba claro que yo tenía que mantener una cierta dignidad delante de aquel figurín.

—Usted y yo, Richi, vamos primero a dejar unos cuantos puntos claros, ¿le parece? Cuanto más claros, más amigos que dicen, ¿eh? Se deduce por su espectacularidad al venir a comunicarme lo del crimen cometido en nuestra escalera y por sus propias palabras que desea que investigue el asunto, ¿no?

—¡Uy...! ¡Claro! ¿Cómo quiere que se lo diga, hombre? Con música acaso.

—¿De qué conocía usted a Susan Lloyd? —solté de súbito, buscando sorprenderle.

Puso, simplemente, cara de extrañeza.

—¿Susan Lloyd? —repitió—. ¿Y quién es esa mujer, señor Wagner?

—Da la casualidad que es la mujer que estaba muerta, arriba, en el corredor de la planta décima, casi frente a la puerta de su apartamento. Ésa era y así se llamaba. Si no la conocía, ¿por qué le interesa que descubra al que la ventiló?

Se puso, y yo me pregunté el por qué, rojo como una amapola. Pronto iba a comprenderlo; respondió:

—Bueno, usted comprenderá que siempre es enojoso que se cometa un crimen en la escalera de uno...

—A mí, particularmente, me importa un rábano. Y según su teoría, ésta también es mi escalera. ¿Por qué no habla claro de una vez, señor Richi?

—Esto, verá, es qué... no sé cómo explicárselo porque a lo mejor me interpreta mal, ¿sabe?

—Suponga que lo interpreto bien y explíquemelo.

—Como usted sabe en el trozo final de cada pasillo, tras el recodo, sólo hay dos apartamentos. Arriba, en la planta décima, en la prolongación de la izquierda uno de los dos es el mío, y en el otro, el de enfrente, vive un muchacho muy simpático por el que yo siento un gran afecto. Herman Lovich es un chico agradable y una gran persona, ¡no quiero que lo moleste la policía con absurdas sospechas! Por eso le he contratado a usted, para que descubra el asesino y no molesten al Pobrecito Herman... ¡es tan cariñoso!

—¿Y por qué iba la policía a molestar precisamente a Herman Lovich? Todos los que vivimos en este edificio podemos ser sospechosos, en principio, dentro de la misma escala proporcional.

—Esa chica venía a ver a Herman con cierta frecuencia —dijo, de pronto, apesadumbrado—. La policía no tardará en averiguarlo.

—¡Vaya, vaya! —exclamé con cierta sorna—. Está usted muy bien enterado de la vida, milagros y visitas, del señor Lovich, ¿no le parece?

—¡Uy! —Hizo una de sus monerías—. ¡Qué mal pensado es usted, detective! Vivimos frente por frente. Hasta cierto punto es lógico que...

—Usted acaba de decirlo, amigo: *hasta cierto punto*. Y más allá del «cierto punto», ¿qué hay?

—¡Nada de lo que usted piensa! —gritó, con un cabreo que me pareció hasta masculino. Añadiendo—: Vamos a ser concretos, señor Wagner: ¿quiere trabajar en este asunto o busco otro detective? Tengo dinero para pagar incluso mejor, ¡no vaya a creerse!, ¿eh?

Montaba en cólera y eso no me convenía.

—¡Vale, vale, Richi! Tranquílcese, Acepto el trabajo, sí.

Pero reconozca que no tengo la menor pista para empezar la investigación. Una chica muerta en el pasillo de la planta décima de este edificio, que a través de su agenda he podido saber que se llamaba Susan Lloyd. La cosa resultará difícil...

—Usted haga lo que sea necesario —echó mano a la cartera y tiró tres billetes de mil (¡TRES BILLETES DE MIL, ASOMBRENSE!) encima de mi mesa—, pero no quiero que detengan a Lovich como sospechoso. ¿Le basta ese dinero para empezar?

—Me basta. Pero los billetes no son la garantía del éxito.

—Oiga, señor Wagner... ¿qué clase de detective es usted?

Iba a contestarle que uno al que se le había olvidado la profesión por falta de práctica. Pero no me pareció prudente. Tenía que resolver el crimen cometido en mi escalera para que no se lo imputasen a aquel chico que le resultaba tan simpático a mi cliente, para ganarme los tres mil y puede que algún billete más.

¿Cuánto tiempo hacía que mis ojos no contemplaban tres de los grandes juntos?

¡Milagros, si era preciso, tenía que hacer yo!

—La clase de detective que usted necesita, señor Richi. Le tendré al corriente de mis progresos (eso sí que era hablar por hablar), y ahora, si me lo permite, debo ponerme a trabajar.

—Procure darse prisa, ¿eh? —me soltó desde la puerta, al despedirnos.

Me quedé solo.

Ahora necesitaba más que nunca el trago que aquella mariquita había impedido que tomara antes.

Susan Lloyd. Que visitaba con cierta regularidad a un tipo llamado Herman Lovich, persona muy grata y agradable para Massimo Richi, que era quien me pagaba. La chica estaba muerta. Un limpio balazo en la frente y a otra cosa mariposa.

Volví a repasar la hipótesis que formara mientras los policías husmeaban junto a la escena del asesinato. Una extraña escena por cierto. Un trozo de pasillo que debía medir cinco metros aproximadamente, en el que sólo había la puerta de dos apartamentos y la ventana de cristales que daba acceso a la escalerilla de incendios.

Esa ventana era precisamente la que a mi me llamaba la atención. Porque estaba convencido de que el disparo se había efectuado a través de ella, pero desde afuera. En la frente de Susan no se advertía el menor rastro de pólvora, la más pequeña chamuscadura, y ello descartaba la posibilidad de un disparo a quemarropa. El asesino no había querido correr el riesgo de una

huida precipitada en la que pudiera ser visto; de ahí que yo pensara en la posibilidad de un disparo a distancia.

Todo eso me precipitaba a otro punto que podía resultar clave a la hora de descubrir la identidad del asesino: éste sabía que Susan Lloyd iba a ir a una hora determinada a visitar a Herman Lovich; ¿cómo lo sabía?, ¿quién le había informado? Porque era absurdo admitir que el criminal se tirase horas muertas montando guardia, a la espera de que apareciese Susan. Improbable e impropio de un profesional como parecía ser el que había liquidado a la chica.

Herman Lovich... ¿Qué papel jugaba aquel tipo en la vida de Susan Lloyd? ¿Qué clase de relaciones debía de haber entre ambos? ¿A esas preguntas sólo el propio Lovich podría responderme?

Era cuestión de repasar la agenda con mayor detenimiento.

Lo hice.

Nombres, direcciones, teléfonos... todos podían ser sospechosos, o quizá ninguno.

¡Eh, alto! Susan tenía una hermanita del alma. Al menos eso se podía deducir del nombre y apellido de la muchacha que figuraba en el apartado de la letra «LL»: Geraldine Lloyd. Con dos teléfonos... Uno era el de su apartamento y otro, ¡vaya con la letrita de Susan!, otro, lo sabría si conseguía descifrar aquel jeroglífico... ¡ya!, era el de la redacción del «New York Herald Tribune». ¡Toma, la niña era periodista!

El hecho de que Susan tuviese una hermana metida en prensa, no sé por qué razón, me hizo intuir que un servidor tendría problemas con ella.

Seguí repasando hoja tras hoja y hubo algo que me llamó poderosamente la atención. En la página correspondiente a la «W», había escrito un solo nombre: Snegruj. ¿Por qué un nombre que empezaba con «S» en la hoja de la «W»? Primer misterio. Al lado, claro, un número de teléfono. Sería cuestión de averiguar aquel enigma.

Primero, no obstante, se imponía hablar con el amigo Lovich, que era al parecer amigo de Susan. O como mínimo, conocido.

Las cubiertas de skai de la agenda tenían ambas una especie de departamento para guardar tarjetas o cosa parecida. En la del final, Susan guardaba una foto.

Y esta vez, la sorpresa fue mayúscula.

Porque yo conocía al tipo... al tipo del retrato, naturalmente. No es que fuésemos íntimos, pero, *habíamos obtenido al mismo tiempo la licencia de detective privado*. Se llamaba Axel Marvin. Y, a juzgar por la dedicatoria, la cosa estaba diáfana. Axel, de puño y letra, hablaba del amor y demás ñoñerías que suelen escribir los hombres enamorados con respecto a Susan Lloyd.

Aquello empezaba a no gustarme y, pese a la falta de pasta, presentía que había hecho mal aceptando los tres mil. Siempre estaba a tiempo de devolverlos, claro.

A un hombre tan enamorado le iba a sentar fatal la muerte de su chica, máxime tratándose de un crimen. Pero posiblemente le sentaría peor que uno de la competencia andara de por medio, haciendo averiguaciones.

Se me planteaba un dilema parecido al de Hamlet. Sólo me restaba tomar la calavera en la mano y preguntarme: ¿Investigar o no investigar? ¡He ahí la cuestión!

De momento, de tripas corazón y a investigar. Además, no sé porque había de hacerme problemas. ¿Acaso pensaba tener éxito? ¡Ésa sí que era la cuestión!

Volví a la hoja de la «W». Snegruj, HE-3-6708-2. Eso me intrigaba en la misma medida que la presencia de Axel me preocupaba.

Había decidido investigar, ¿no? Y de la lógica el principio que se imponía era charlar con Herman Lovich, un chico agradable, una gran persona —versión personal y creo que interesadísima de mi cliente, ¡qué bendición del cielo tener un cliente aunque fuese marica!— a la que Massimo Richi no quería que la poli molestara con absurdas sospechas... y a la que según Massimo Richi, Susan visitaba con cierta periodicidad.

A ver, a ver... ¡vaya con lo que me estaba bailando por el interior de mi detectivesco intelecto!

Al Pobrecito Herman, que según Richi y recordando palabras textuales pronunciadas por él, minutos atrás: «*¡es tan cariñoso!*»; al Pobrecito Herman, decía, lo visitaba Susan... Susan se la pegaba a Axel con Herman, Massimo estaba celoso de lo que Susan y Herman pudieran hacer en el apartamento de éste... ¡no, las piezas no encajaban! Massimo Richi no había podido estar en cualquier piso del edificio de enfrente, apostado en una ventana situada en línea

recta o diagonal descendente a la ventanilla que desde el tramo final del corredor de la planta décima asomaba a la escalerilla de incendios, pegarle un tiro en la frente a la muchacha, salir corriendo para avisar a la policía y luego venir a mí pidiéndome que investigara. Eso era del género bobo.

Faltaba saber lo que había entre Susan y Herman y, aun suponiendo lo más lógico, Massimo no tenía más opción que morderse las uñas de rabia y celos. Pero debía sentir algo muy fuerte por el Pobrecito Herman porque ahora trataba de protegerle y quería que yo le librase de cualquier sospecha acerca del asesinato de Susan.

Aquel crimen en mi escalera, conforme mi mente avanzaba en el asunto lo poco que podía, se me iba haciendo muy claro, traería cola. ¡Digo que si la traería!

¿Por qué? De momento, simple intuición.

Di un manotazo en el aire, le pegué otro meneo a la botella del jarabe y salí del apartamento.

Pensé salir a dar una vuelta para hacer tiempo. Cuando subiera al apartamento de Lovich no quería tropezarme con nadie y menos con la bofia que seguro andaba aún por allí. Una vez hubiesen retirado el cadáver y citado a quienes les pareciera oportuno para que se dejasen caer por la comisaría a declarar, se largarían.

Eran los procedimientos habituales. A aquella gente les costaba mucho renovarse. Seguro que preferían morir de viejos y anticuados.

CAPÍTULO III

Renovarse o morir, ya lo dice el refrán, ¿no?

Dejé de pensar en tonterías y le censuré a mi cerebro que pasara con tan poca formalidad de lo serio a lo estúpido.

¿Qué puñetas me importaba a mí si la policía se renovaba o no?

Bastante faena tendría yo para tirar adelante en aquel embrollo con mis métodos que, la verdad, no estaban muy rejuvenecidos.

Me quedé quieto, en silencio, contemplando el suelo de aquel tramo final del pasillo.

Se me hacía imposible creer que unas horas antes, allí, tendida decúbito supino y con los ojos muy abiertos, crista lino por el reflejo brusco de la muerte —pupilas midriáticas con *rigor mortis* que le llamaban los forenses—, se encontrara el cuerpo inerte de Susan Lloyd.

Asesinada.

¿Por qué?

Apreté el pulsador escuchando el zumbido que dentro del apartamento estaría sonando con mayor insistencia y vibración para los oídos del ocupante.

Abrió.

Sí, era un tipo guapo. A lo Helmut Berger de los mejores tiempos. Y con cara de pocos amigos también.

Me estaba midiendo de pies a cabeza con elocuente mosqueo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

Diplomático que era el tío, ¿eh?

—Charlar con usted, Herman.

Seguía sosteniendo la hoja de madera con la diestra, firmemente, en evitación de que yo hiciera intento de colarme, en cuyo caso, me daría fuerte con la puerta en los morros.

—¿Sobre qué?

—Susan Lloyd —repuse de un tirón y con sequedad.

—¿Por qué no se va a la mierda, camarada?

Además de diplomático, bien educado que era el chaval. Tras la grosería hizo ademán, como yo apuntaba antes, de darme con la madera en los hocicos.

Metí el pie a manera de calzo, impidiendo que cerrara.

—Despacio, hermano —le dije con acento duro—. Es usted muy guapo y no querrá que le estropee la cara, ¿verdad?

—¡Pero...! ¿Quién demonios se ha creído que es usted?

—Soy Dennis Wagner y vivo en la planta octava de este edificio, letra H.

—¡Ah, ya, el detective muerto de hambre de la octava! —exclamó, irónico ahora—. Y viene amenazándome si no hablo con usted de Susan Lloyd. Mire, amigo —sus ojos me ofendían, de veras. Porque había una burla despectiva en su mirada—, aunque no tengo porque darle explicaciones, acabo de llegar de la comisaría donde he redactado y firmado la oportuna declaración. ¿Quiere largarse ahora, pesquisa?

—No, guapo. Usted sabe que hay cosas que a la policía no se le cuentan. Por pudor, por vergüenza, porque le pueden comprometer a uno demasiado. De eso quiero que hablemos, Lovich. ¡Ah, piense que de momento estoy a su lado! De momento, ¿eh? A lo mejor más adelante cambio de bando. Mi cliente tiene un especial interés en que no resulte usted sospechoso del asesinato de Susan... ¿me deja que pase o hemos de hablar aquí, en mitad del pasillo?

Justo en el instante en que Lovich abría la puerta de par en par, capté un suave crujido procedente del apartamento vecino. La mariquita debía estar espiando desde el otro lado de la mirilla.

El galán me precedió hasta la estancia que hacía las veces de comedor, sala de estar y *living*. ¡Qué diferencia con respecto al mío! Todo en orden, como corresponde a quien acostumbra a recibir visitas femeninas... o lo que sean.

—¿Quiere beber algo, detective?

Aquel fulano cada minuto me caía más gordo. Me pasó por la cabeza que hasta podía ser el asesino de Susan. Sólo tenía que encontrar motivos y pruebas para enchironarlo. Que me cayese fatal, según la ley americana, no era suficiente.

—Paso. Gracias.

Nos sentamos en dos butacas gemelas y vecinas.

—Se lo he dicho todo a la policía, Wagner —soltó el guaperas—. Incluido eso que, según usted, no se le suele contar.

—Ya. ¿Le importa entonces repetirme qué había entre usted y Susan Lloyd?

Esbozó una sonrisa de superioridad.

—Éramos buenos amigos.

—¿Está de moda que maten a las buenas amigas a la puerta del apartamento de sus buenos amigos? —Largué irónico, intentando dominar la situación.

—No se haga el gracioso, pesquisa —dijo Lovich, con mayor superioridad a cada instante—. La policía no es tonta aunque usted lo suponga. De resultar sospechoso, yo no estaría aquí en este momento.

—Elliot Nes tardó la tira antes no pudo entalegar a Capone. Que esté usted aquí no prueba en lo más mínimo su inocencia. Tampoco le creo culpable, porque yo tampoco soy lo estúpido que usted supone, ya que diría muy poco en favor de su inteligencia matar a la chica frente a su propio apartamento. Aunque, bien pensado y para distraer la investigación policial, tampoco sería una táctica desechable. ¿Que tan buenos amigos eran usted y Susan? ¿Lo suficiente como para encamarse, no?

Brincó de la butaca.

—¡Tendré que echarle de mi casa a patadas, pesquisa de mierda!

No me inmuté porque la cosa empezaba a funcionar. Había conseguido borrar de sus labios la sonrisa de superioridad y sacarle de sus casillas. Era algo, sí.

—Mira, hijo —dije con tuteo y paternalismo evidentemente ofensivos y burlones—, te aconsejo que no seas tan vehemente. Escúchame con atención, guapito, porque te conviene: Susan, por lo que parece, tenía un novio que se llama Axel Marvin y, ¡oh casualidad!, también es detective privado. Te apuesto diez contra uno a que tardará muy poco en averiguar lo que había entre tú y la chica, se dejará caer por aquí y, ahora me juego veinte contra uno, te partirá los labios y hará que te tragues muelas y dientes uno por uno. Si quieres que siga de tu parte e interceda por ti ante mi colega, te conviene colaborar, ¿no lo crees así, Herman Lovich?

Se había dejado caer en el fondo de la butaca con cierto abatimiento.

—Oiga, Wagner, le juro que no tengo nada que ver con el crimen. Y maldigo desde lo más ¡profundo de mi alma al hijo de perra que ha elegido el pasillo de mi apartamento para asesinarla!

—Sólo por los problemas que ello puede crearte, ¿supongo?

Lanzó un profundo suspiro.

—Bueno, tampoco me tenga por un despiadado. Quería a la chica, sí. Pero una vez muerta debo pensar en mí, ¿no le parece? Siento la muerte de Susan por muchas razones. Nos queríamos... pero con su asesinato las cosas se pueden complicar mucho para mí.

—Eres inocente, ¿no?

—¡Claro que lo soy, demonios! —exclamó, cada vez más nervioso. Había renunciado a su falsa posición de hombre seguro de sí mismo porque comprendía que aquella postura ya no era válida. Prosiguió—: Usted ha puesto el dedo en la llaga... ¿qué pensará Marvin cuando lo sepa?

—Eso hubiera podido suceder con Susan viva, ¿no crees?

—Hubiese sido muy distinto, Wagner. Ella le habría explicado...

Fui yo quien soltó ahora una restallante carcajada. No había para menos, desde luego.

—¿Le habría explicado... dices? ¿Qué le habría explicado? Que con tu desinteresada colaboración le estaba poniendo la cornamenta. ¡Por favor, Herman, intenta ser más serio! ¿No irás a decirme que él lo habría comprendido, verdad? El título de cornudo no es algo de lo que se pueda andar presumiendo por ahí, ¿o sí? Axel te hubiera partido en dos.

—Conoce poco a las mujeres, detective, Susan se lo hubiese arreglado de manera que las cosas no pasaran a mayores. Ahora, con ella muerta, es cuando yo no lo tengo claro. Axel Marvin puede imaginar muchas cosas...

—Todo lo que se imagine dejará pálida la realidad y tú lo sabes, Lovich —le dije. Razonando a renglón seguido—: Además, Susan y tu habéis demostrado muy poco sentido común y una falta alarmante de criterio, reuniéndoos con regularidad en tu propio apartamento. ¡Nueva York es inmenso, muchacho! ¿Por qué aquí precisamente?

Herman Lovich se pasó una mano por la barbilla apretándola

con fuerza. Dijo:

—Tendría que preguntárselo a ella, Wagner. Le dije cien mil veces que aquí no, pero Susan... —Se detuvo en seco como evitando algo íntimo que no deseaba revelarme.

—Susan, ¿qué? Ya empezamos con los misterios, Herman —presioné—. Axel te lo sacará por otros métodos, recuérdalo.

—Movió la cabeza de un lado para otro.

—¡Está muerta, detective, está muerta! Y hay cosas que se hacen difíciles de...

—Por callártelas —razoné— tampoco vas a mejorar la situación. ¿Por qué se empeñaba ella en venir aquí?

—A veces me necesitaba con urgencia.

¡Ésta sí que era buena! O aquel tío me estaba tomando el pelo o me estaba insinuando que Susan...

—¿Era una ninfómana acaso?

Se encogió de hombros.

—Nunca he conocido ninguna y por eso la diferencia en el comportamiento sexual entre las otras y Susan me llevó a pensar que... bueno, eso que usted ha dicho. Por todo lo demás era una chica fenomenal. Acusaba unas imperiosas necesidades que no había conocido en otras, de veras. Al principio me sorprendía, luego me fui acostumbrando.

—¿Hacía mucho tiempo que os tratabais?

—No, no mucho. Como unos cuatro meses. La conocí en un club nocturno del Broadway.

—¿Qué club nocturno?

—¿Importa eso, Wagner?

—Todo importa, querido, todo. Santo y seña.

—«Rapsodie», en la 52 Oeste si mal no recuerdo. Y me sorprendió tropezármela allí, ¿sabe?

—No. ¿Por?

—Es un club de ambiente gay.

—¡Ya! —exclamé con cierto desprecio—. Tú, frecuentando siempre la flor y nata de la sociedad. ¿También te va el rollo; *entiendes*, como dicen los profesionales del eros-homo?

—¡Oiga! ¿Pretende tacharme de...?

—Yo no te tacho de nada, muchacho —le corté—. Me guío por

lo que tú largas. Hablando de ambiente gay, ¿qué tal te llevas con tu vecino Richi?

Noté una crispación en sus músculos faciales y un fugaz chispazo de indignación en sus pupilas.

—¡Nada de nada!, ¿eh? Simplemente vecinos.

—Tranquilo, hermano, tranquilo. Que no soy ningún retrógrado. Admito que hay diferentes maneras de concebir la sexualidad y punto. Prefiero evitar juicios. Pero no me negarás que el asunto está en el tapete, ¿eh? Conoces a la chica en un club de ambiente gay y tienes un vecino que presenta el mismo tipo de connotaciones. Aunque uno no sea racista, la cosa da que pensar, ¿no te parece? ¿Hasta qué punto has intimidado con Massimo Richi, guaperas?

Se mordió el labio inferior.

—Richi está vivo y no tenemos por qué hablar de él.

—¿No se te ha ocurrido pensar que se puede cometer un crimen por celos? Si leyeras las revistas especializadas, sabrías que, de cada dos asesinatos pasionales, en uno interviene motivación homosexual.

—No es el caso, Wagner, se lo aseguro. Richi es incapaz de eso... y nuestras relaciones no son, ni mucho menos, lo que usted piensa. Ya, ya sé que no podré convencerle de ello, pero es la verdad. No es mi estilo, palabra.

—Me conformaré creyéndote... y creyéndote muy macho. ¿No tienes la menor idea de quién y por qué se ha cargado a la chica?

—Desde que la he visto muerta me estoy devanando los sesos con esa pregunta, pesquisa. No entiendo nada, no lo comprendo... matar a Susan y hacerlo a la puerta de mi casa: ¡eso es una patada mayúscula!

—En eso estamos de acuerdo, Herman. Si se te ocurre algo que hayas olvidado, ya sabes que estoy en la planta octava, letra H.

Viendo que me largaba, se puso en pie, inquirendo con temor:

—¿Qué hago si se presenta Axel?

Le entregué mi tarjeta.

—Ahí tienes mi teléfono. Ya sabes lo que hacer. Aunque no puedo garantizarte gran cosa, desde luego.

—¡Pero usted ha dicho...!

—Lo he dicho —le interrumpí— y lo intentaré, hermano. Pero eso no significa que Axel no nos rompa la cara a los dos, ¿está

claro?

—Supongo.

—Debe bastarte el que me arriesgue a recibir por tu culpa, ¿no te parece?

—Supongo —repitió.

¡Leche... y qué pesadito con el «supongo»!

CAPÍTULO IV

Como el hombre es un animal de costumbres y a veces tiene incluso las costumbres de un animal, y yo, además de todos esos pesares soy un tipo de ideas fijas, aquella noche, pese a los tres grandes que descansaban en mi bolsillo, fui a cenar donde siempre.

A eso se llama fidelidad a unos ideales.

Los ideales de un menda al que más de una vez le habían fiado comida y cena... ¡que todo hay que largarlo!

Además, en el restaurante de Sue Elen se comía bien, en plan casero y por un precio asequible.

Además Sue Elen estaba de infarto, con una popa tremenda, donde a veces me encantaba largar estachas que se dice en el argot mariner.

Además quedaba cerca de mi chamizo.

312 de Van Dam St. «SUE RESTAURANT». Con un luminoso y todo, ¡eh! ¿Qué se pensaban?, ¿que era un garito de mala muerte? Nada de eso. Y yo campaba por mis respetos como Pedro por su casa.

Me colé en la cocina, como de costumbre, y le di un sobo en el trasero como de costumbre.

—¡Dennis! —exclamó sin volverse—. Un día nos sorprenderá mi marido y tendremos un lío gordo.

La hice volverse y la besé con firmeza en sus labios carnosos y excitantemente sensuales. Su boca era una fruta madura que apetecía saborear. ¡Y besaba con un arte la puñetera! Me hizo un torniquete con la húmeda lengüecita que me estremeció del todo. Ya había perdido las cartas de navegar y le importaba un pimiento que apareciese por allí el calzonazos de su marido.

Le dije cuando conseguí recobrar la respiración:

—No entiendo cómo te casaste con ese mastuerzo, que además

de asqueroso te lleva la tira de años. ¡Y tú que estás que te caes de buena, muñeca! Pero... ¿cómo demonios puedes encamarte con ese mochuelo?

—Cuestión de finanzas, Dennis. El día menos pensado casca... — Me guiñó un ojo—, y entonces tú y yo, ¿eh?

—Para eso no tenemos que esperar a que casque, ¿no crees?

—En el fondo tengo un gran respeto al matrimonio —razonó Sue Elen.

—Pues menos mal, pequeña, Si no lo tuvieras...

—¡Hola, Dennis, muchachote! —Era el mastuerzo que acababa de hacer su entrada triunfal—. Hace poco estábamos hablando de ti con Sue Elen... nos ha extrañado que no vinieras al mediodía.

—Cuestión de finanzas, Robert Redford —me coñeeé, sin que a Meredith Gavin, esposo ante la ley y los hombres de Sue Elen, le hiciera demasiada gracia mi chistecillo.

—¿Qué quieres para cenar? —intervino ella, para darle un giro a la conversación.

—¿Es cierto que el marisco tiene mucho fósforo, Sue Elen?

—Cierto, detective. ¿Por...?

—Que sea marisco —contesté—. A partir de hoy gastaré mucho fósforo y debo empezar a reponerlo.

Me fui al comedor, ocupando la mesa de siempre.

Susan Lloyd estaba muerta. La habían matado en uno de los pasillos de mi escalera. Tenía una hermana periodista, un novio detective y un amigo de juegos de sábana que aseguraba que era una mujer ardiente... por decirlo de alguna manera.

Aquel crimen era un asunto muy complicado, palabra.

Massimo tenía todo el interés del mundo en que no molestasen a Herman, y éste, todo el miedo del mundo a la supuesta visita de Axel Marvin.

Yo pensaba, y cada vez estaba más seguro, que el asesino la había baleado desde afuera, a distancia y con impecable puntería porque le pagaban para eso, y que sabía al minuto el momento en que Susan aparecería frente al apartamento de Lovich.

Muy complicado, sí.

¿Por qué la habrían asesinado?

Eso mismo querría saber el teniente McCrea, imagino. Pero yo ya sabía algo más que él porque Herman no se había sincerado en la

comisaria como conmigo.

¿Y me servía de algo?

Ahora, lo importante era averiguar el significado de «Snegruj, HE-3-6708-2». Cosa que iba a hacer en terminando de degustar el marisco que el complaciente Meredith Gavin acababa de poner frente a mis ojos, encima de la mesa, preguntándose, sin duda, si aquella noche cobraría al contado.

Mi buen corazón me aconsejó decirle:

—Tengo pasta, Robert Redford, tranquilo.

Gruñó algo al tiempo que se alejaba.

Media hora después, con marisco en la tripa y una dosis de fósforo rumbo a mi azotea, salí del «SUE RESTAURANT».

—¿Me da fuego, amigo?

El tipo tenía pinta de gorila y unos brazos como troncos de árbol. Aguantaba un pitillo entre los dedos de la zurda.

No sé por qué, se me ocurrió pensar que con la derecha podía chafarme la cabeza de un mazazo. Manías que a veces le entran a uno, digo yo que serán, ¿no?

Le di fuego en cortés deber de ciudadanía.

—¿La vida vale la pena vivirla, verdad amigo?

Más que pregunta era un extraño consejo. Me mosqueé porque empezaba a tener motivos para ello. La cosa pasaba de una simple manía.

—Eso lo dice usted... ¿o lo ha leído en algún libro? —Rajé con evidente malhumor.

—Lo digo yo, amigo, y basta —se estiró para demostrarme que era bastante más alto que un servidor. Añadiendo—: Y me parece que te has metido en un berenjenal —me tuteaba con sonrisa de hiena en la boca—, amigo, que no te va a permitir disfrutar de la vida. Eres demasiado joven para palmar, ¿te parece?

El mosqueo iba para arriba como las burbujas del *champagne* al librarlas del corcho.

—¿Puedo saber qué vendes, chico robusto y grandote? ¿O tratas solamente de quedarte conmigo, eh?

Siguió el fulano sin inmutarse por mi irónica agresividad verbal, muy consciente y seguro de que podía aplastarme la cabeza contra la pared, de un solo puñetazo, cuando le saliera de los pantalones.

—Trato de darte un buen consejo de parte de un amigo,

pesquisa. ¿Me entiendes?

Mi nerviosismo y desazón seguía *in crescendo*. Pero tenía que aguantar el tipo y saber, o al menos intentar saber, quién y por qué me enviaba aquel gorila advertidor.

—Es reconfortante saber que un fulano como tú tiene un amigo y que ese amigo se preocupa altruistamente por mi longevidad. ¿Cómo se llama ese amigo tuyo, muchachote robusto y fornido?

—¿Sabes que me estás cargando, tío? No te pases porque te voy a destrozar la boca. Escucha bien el consejo y síguelo: la vida es bonita y hay que vivirla y, suponiendo que tú desees vivir, olvídate del asunto.

—¿Qué asunto? —pregunté con temerario desprecio a mi integridad física.

—¡La madre que te parió, gusano inmundo! ¡Yo te enseñaré a vacilar con Gus Morales!

Se llamaba Gus Morales. Ya era algo. Mucho gusto, Gus.

Ya les he dicho que no sé karate ni judo, técnicas elementales e indispensables en un detective que se precie de serlo. En casos como aquél, no saber de eso era un auténtico hándicap. También les he dicho que yo suplía esas técnicas de lucha oriental con...

Le clavé la rodilla, precisamente allí, justo en el instante queladeaba la cabeza para evitar la demoledora andanada que Gus Morales pretendía atizarme con su manaza cerrada en forma de puño enorme.

Le dolió, es obvio, porque a los tipos grandes, altos y fuertes, también les duele un rodillazo allí.

Pero menos que a los tipos normales, desde luego. Así había que deducirlo a juzgar por la rapidez con que aquella bestia se recuperó del rodillazo en las partes proporcionales. Y teniendo en cuenta se «hulkneriana» anatomía, Gus se gastaba una agilidad impropia de los muchos kilos que arrastraba encima de aquélla. Eso era una advertencia de que debía andarme con mucho tiento porque...

Movió sus manazas como aspas de molino y, con el viento solo, estuvo en un tris de mandarme al suelo.

—¡Te voy a triturar, canijo! —farfulló.

¿Canijo...? Como lo oyen. Me llamaba canijo con mis ciento ochenta y cinco centímetros de arriba hasta abajo y viceversa.

Pude evitar la subsiguiente andanada, saltando hacia atrás.

Había jugado al fútbol, eso sí, y también servía en aquellos casos: ensayé con acierto una «chilena» o salto inglés que se dice en el argot futbolístico, y eso sí que Gus no se lo esperaba. De medio lado además. Alcanzándole con la t puntera derecha en mitad de la cara y con la izquierda en el centro mismo del estómago. Fue un doble impacto seco, brutal, y el gorila lo acusó.

Echaba sangre por la boca. El punterazo en la boca había sacado chispas. Puede que hasta le hubiera hecho tragar algún diente.

Me confié. Y la confianza mata al hombre.

Casi me mata a mí.

Porque un menda como Gus Morales no podía subestimarse ni en pleno estado agónico.

Ciego de dolor y rabia, creo que a tientas, pero con un perfecto sentido de la orientación, largó velozmente una de sus manazas haciendo blanco en plena cara de un servidor. Experimenté igual sensación que si la cabeza se me estuviera escapando del tronco. Brillaron dentro de mi cerebro múltiples lucecitas de colores, preciosas y rutilantes estrellas, galaxias enteras diría yo. La espalda la estampé contra el muro del edificio y permanecí unos segundos oscilando como el péndulo monótono de un reloj, con la mente turbia y un extraño sopor pesando sobre mis pupilas. Me pareció que la figura de mi antagonista se desdoblaba... ¿Cuál de los dos me iba a sacudir ahora?

Fue un último chispazo de lucidez. Suficiente para comprender lo que iba a pasar, lo que estaba intentando aquella mole.

Medio groggy también, Gus se lanzó de frente, con la testa por delante, dispuesto a triturarme —ya lo había advertido— contra la pared. Si me pillaba de lleno conseguiría que yo dejase los sesos pegados al muro.

Instintivo. Aquello fue del todo instintivo.

Me vine abajo con vertiginoso desplome junto fracciones de segundo antes de que la cabeza de Gus entrara en contacto con la posición en que había estado la mía; al no encontrarla, obvio, estrelló la suya contra los ladrillos.

El leñazo fue de los que hacen época. De los que marcan un hito.

Se la abrió como un melón. Los sesos no se los vi, pero la sangre, roja y caudalosa, sí.

La gente ya comenzaba a arremolinarse. Pero yo, con cierta

autoridad, convencido de que a la parroquia tenía que impresionarle que hubiera puesto K. O. a semejante gorila, le registré los bolsillos... con autoridad, pero también con rapidez. Porque a veces la poli llegaba con demasiada oportunidad.

Le quité la cartera, un pañuelo y una caja de cerillas, largándome de allí con buena velocidad y viento fresco.

—¡Ese tipo es un ladrón! —gritó alguien que a buen seguro no conocía a su padre.

Ya me había colado en el vestíbulo de mi escalera. Me detuve unos instantes para recobrar la respiración aprovechando que aquello estaba solitario como un cementerio.

Le eché una ojeada a la cartera: no había mentido porque la tarjeta de identidad y el permiso de conducir, foto incluida, estaban a nombre de Gus Morales. Iba a deshacerme de la cajetilla de fósforos cuando... por el rabillo del ojo capté unas letras negras sobre el blanco plastificado de la cajetilla, unas letras que decían... ¡«*Rapsodie*»!

No soy muy dado a creer en las casualidades.

La caja de cambios me funcionó a velocidad de vértigo.

Sólo Herman Lovich sabía que yo estaba investigando el asesinato de Susan; él había conocido a la chica en un club gay llamado «*Rapsodie*»; el gorila que primero me quería advertir y luego borrar del mundo de los vivos llevaba una cajetilla de fósforos de propaganda del «*Rapsodie*»...

No, no creo en las casualidades.

—¡Mal nacido de mierda! —mascullé, al tiempo que corría hacia el elevador.

Pulsé el botón de la planta décima.

—¡Te voy a machacar el cráneo, Herman Lovich! —Seguí mascullando, con un cabreo más que regular.

Motivos y razones me sobraban.

CAPÍTULO V

Iba a apretar el timbre cuando me di cuenta de que la puerta estaba abierta.

Mosqueo al canto.

En las novelas y películas, detrás de cada puerta abierta, cadáver que te crió.

Pero tenía que entrar y entré.

Extremando las precauciones, fui pasillo adelante hasta desembocar en el *living* donde poco antes había dialogado con Lovich.

No dialogaría con nadie más, no.

Porque, conforme a la tesis de novelas y películas, Herman estaba fiambre del todo. Igual que Susan, pero de bruces sobre la alfombra. Con un limpio agujero en la nuca. A éste, se lo habían cargado por la espalda.

Aquel asunto, cada vez me gustaba menos. Dos muertos en el mismo edificio —en «mi escalera» que diría Richi— con pocas horas de diferencia y con evidentes vinculaciones entre sí, olían mal, muy mal.

Si como yo había imaginado al encontrar la cajetilla de fósforos, Herman se había ido de la lengua con el individuo que me mandara a su gorila consejero... ¿por qué cargarse a Lovich?

Demasiadas preguntas sin respuesta.

—¡Oh, madre mía! ¡Nooooo! ¡No es posible! ¡Herman, Herman...! ¡No puede ser! ¡Hermaaaaan! ¡Está... ESTA MUERTO! ¡NOOOOO!

Juro por lo más sagrado de este mundo y planetas colindantes que hube de realizar un auténtico esfuerzo por controlar mis emociones, por dominar mis instintos, y no acceder al deseo ferviente que me invadía de atrapar a aquella mariquita por el

pescuezo y retorcérselo como si fuera una gallina.

¿De dónde puñetas salía, siempre tan puntual y oportuno?

Estaba reclinado sobre el cadáver acariciando los cabellos de Lovich.

—¡Pobrecito... —sollozaba con verdadera crispación—. Pobrecito mío! ¿Por qué? ¿Quién es el canalla repugnante que lo ha asesinado?

—Levántese del suelo o le voy a pegar una patada en la cabeza que va a palmar usted también, Richi —solté por un lado de la boca, olvidando que se trataba de mi cliente y de que horas antes me había largado tres de los grandes—. ¿Se puede saber que extraño encanto ejercen sobre usted los muertos que siempre aparece al lado de uno? ¡Eh! ¿Me oye? ¡Conteste, joroba!

Mis berridos le impresionaron... o es que estaba muy impresionado por la muerte del pobrecito Herman; sea lo que fuere, se incorporó veloz. Vi sus ojos anegados en lágrimas. Murmuró:

—Iba a salir de mi apartamento justo en el instante que usted entraba aquí... ¡Oh, que desgracia tan grande! ¡Muerto! ¡Herman está muerto! ¿Por qué, Dios mío, por qué? —Me miró con sus pupilas empañadas por el llanto, agregando—: Me ha extrañado que usted dejara la puerta entreabierta y me he atrevido...

—La he encontrado entreabierta, Massimo. Y ya que no se le escapa ningún detalle, dígame... ¿no ha visto u oído entrar a alguien en este apartamento?

Escondió la cabeza entre las manos aumentando la intensidad de sus sollozos, al tiempo que exclamaba:

—¡No, no, no he oído nada! Ni he visto a nadie... ¿Por qué, madre mía, por qué?

—Estése aquí, quieto, y sin hacer demasiado teatro mientras doy un vistazo por la casa.

—¡Por Dios santo...! ¿Qué se ha creído usted, señor Wagner? ¡Yo no hago teatro! Estoy impresionadísimo por la muerte de Herman. Era... ¡era un gran amigo mío!

—Ya —mastiqué con ofensivo matiz de duda, mientras comenzaba a echar el aludido vistazo.

Me moví con premura porque no era cuestión de estar demasiado tiempo en aquel lugar. Mi interés se centró especialmente en el dormitorio. En el armario, colgada entre un par

de trajes, pantalones y camisas, descubrí la correa que sujetaba una funda para pistola... pistola muy negra y pavonada marca *Parabellum*.

¡Vaya con aquel angelito! Tenía su ferretería y todo.

Seguí registrando. El cajón de la mesita de noche. ¡Hombre, una agenda! Eso sí que me interesaba. Según los fiambres que fuesen apareciendo, podría convertirme en el primer coleccionista de agendas del mundo.

La guardé en el bolsillo y salí al *living*.

—¡Vamos, Richi! —le grité—. ¿Tenemos que largarnos de aquí?

—¿Eh...? —Estaba como en trance hipnótico con los ojos fijos en el muerto—. Hay que avisar a la policía —reaccionó—, ¿verdad?

—¡Qué policía ni qué niño cadáver! ¿Es que quiere que nos metan a los dos en el talego? —Lo atrapé por la manga del saco, tirando de él hacia la puerta—. ¡Venga, vámonos de aquí, largo, largo!

Ya en el pasillo, tartajeó:

—Pero... esto... señor Wagner... yo...

—No se haga más líos, Richi. Y por mucho que sienta la muerte de Lovich, ahora, a hacer de tripas corazón, ¿está claro? Vaya adonde había pensado ir como si nada hubiese sucedido.

—¡Virgen santa! ¡Cómo si nada hubiera sucedido...! ¡Pero! ¿Es que usted no tiene corazón?

Le arreé un meneo más que regular.

—Oiga —arrastré las sílabas con evidente mala leche—, tengo corazón, pero quiero seguir teniéndolo dentro del pecho y no en la cárcel, ¿está claro, Richi, ESTA CLARO? Lárguese donde tenía que ir y cuando la policía le interrogue acerca de la muerte de Herman Lovich, sorpréndase, hágase de nuevas y diga, jure y repita, que no sabe nada de nada. NADA DE NADA. ¿Me ha oído bien, Massimo Richi? Usted es mi cliente y yo debo protegerle, ¿entiende?

—Y protegerse usted, por lo que veo, ¿no?

—La caridad bien entendida y mejor administrada —dije en aplastante y lógico razonamiento—, empieza por uno mismo, hijito. Y ahora, fuera, fuera... ¡coja el ascensor y desaparezca!

Iba a meterlo yo mismo dentro del ascensor cuando se me ocurrió una pregunta, a todas luces lógica, que conllevaba el riesgo de perder los tres mil del ala.

—¡Eh, Richi, oiga! Muerto Lovich supongo que ya no le interesará que siga investigando. Ahora no hay que proteger a Herman de las sospechas de nadie, así que...

—¡Claro que me interesa, hombre! ¡Más que nunca! —Era reconfortante escuchar aquellas palabras y comprobar que los tres grandes (¡y gordos!) seguirían en mi bolsillo—. ¡Quiero que descubra al asesino de Herman... y de Susan, desde luego!

—Es el mismo, Richi. Me juego una mano.

Y ahora sí que lo empujé hacia el fondo del ascensor.

Acto seguido bajé, por la escalera, rumbo a mi apartamento.

Yo no sabía judo ni karate, creo que eso lo he dejado ya bien claro, pero al margen de mis conocimientos sobre la patada allá, también tenía licencia de armas. Era titular de la hoja de guía de una eficaz Browning 7,62 milímetros que, aquella noche y visto lo que pensaba hacer, ¡a lo detective novelesco y peliculero!, podía serme muy necesaria.

Estaba pensando en lo que acababa de decirle a mi delicado cliente sobre lo de jugarle la mano cuando me vino al pensamiento una hipótesis loca:

«Massimo se carga a la chica por celos —me dije— y Axel Marvin ventila a Herman por idéntica razón e incluso suponiéndole ejecutor de la muchacha».

¡Y tan loca como era la hipótesis!

Ni hablar del peluquín.

La gente no andaba por ahí liquidando a los demás por simples cuestiones de catre, pese a que las revistas especializadas hablasen de diez crímenes pasionales a la semana.

Aquel asunto era más difícil, más complejo... lo intuía. Aquella pareja de crímenes debían tener motivaciones más sofisticadas. Y estaba en lo cierto al suponer que el asesino era la misma persona porque en ambas ocasiones había dejado la impronta de su peculiar estilo: un solo disparo; matemático, limpio, eficaz.

Mientras seguía camino de mi cubil, escaleras abajo, dándole vueltas al magín, hundí la mano en el bolsillo del saco y mis dedos se tropezaron con la agenda.

¡Vaya, casi me había olvidado de ella!

La extraje, ojeándola sobre la marcha cuando... ¡cuando un presentimiento me asaltó bruscamente!

Me detuve en seco.

Hice correr las páginas del librito en busca de la hoja que correspondía a la letra «W».

No, no había ningún nombre. La página estaba en blanco. Bueno, en blanco del todo, no. Porque en la casilla de los teléfonos había anotado un número. ¡Un número, sí!

Lo metí en mi cerebro como si se tratase de una computadora y éste me devolvió la lectura diciéndome que se trataba... HE-3-6708-2... ¡del mismo que figuraba en la agenda de Susan Lloyd! ¡Y también en la página de la «W»! Aunque la chica tenía un nombre anotado delante...

Servidor, seguía sin creer en las casualidades.

El enigma de aquel número, y también del nombre que a su lado figuraba en la agenda de Susan Lloyd, podía... ¡tenía que aclarar muchas cosas! Se estaba haciendo imprescindible y necesario averiguar a quién correspondía y...

Así pensando, en plan muy profesional, metí el llavín en la cerradura, entré, y me dirigí con rectitud a mi habitación. Vuelta al conmutador y el dormitorio bañado por la luz.

Y ella también.

Que dicho sea de paso, allanamiento de morada aparte, se había puesto muy cómoda. Allí, encima del catre, con las piernas separadas, pero metidas dentro del ajustado *blue jeans*.

Menos mal que no estaba muerta. Porque tenía los ojos... ¿ojos?, ¡qué digo yo!, ¡ojazos!, sí, tenía los ojazos verdes y muy abiertos. Y los labios así... como esbozando una media sonrisa.

—Renuncio a preguntarte como has entrado en mi santuario porque se me antoja una solemne chorrada —solté. Y ahora vino la pregunta, una pregunta destinada a desconcertarla porque yo, pese a ser hasta horas antes detective en paro, también tenía intuición profesional. Le sonreí, pues, al lanzar la pregunta—: ¿En qué puedo servirte, Geraldine Lloyd?

Aplaudió con las dos manos, que es como se debe aplaudir a un virtuoso de la escena —el virtuoso, en este caso, servidor—, incorporándose para tomar asiento en el borde de la cama.

—¡Bravo, chaval, bravo! Todo un alarde de reflejos y agilidad mental. Puedes servirme explicándome quién te paga por investigar sobre la muerte de mi hermana.

—Papá Noel, querida. Se bajó de su trineo esta tarde y vino a verme para pedir que husmeara en el asesinato de Susan Lloyd. ¿Satisfecha, caprichito tentador? ¡Ah!, ¿no te han dicho nunca que estás como quieres, prenda?

—¡Vale, hombre de mundo, vale! ¿Hacemos un trato?

—Depende del trato, ninfa de los catres ajenos. Además, tengo prisa, ¿sabes? Me espera mi ayudante, el doctor Watson. Tenemos importantes cosas que hacer.

—Deja tu vacilación barata y atiende, pesquisa. Yo colaboro contigo y tú conmigo. Susan era mi hermana, entiéndelo.

Mientras abría el armario para buscar funda sobaquera y pistola, arreos que me coloqué tras despojarme de la chaqueta sin importarme en absoluto la presencia de la muchacha, iba diciéndole:

—Lo entiendo. ¿Cómo sabes que estoy trabajando en esto?

—Teniente de homicidios George McCrea.

—¡Bocazas de mierda! —exclamé un tanto molesto—. Sí supiera que se puede demandar a un poli por soplón y chivato, ahora mismo me plantaba en el juzgado de...

—No lo juzgues duramente que no es mal tipo —me cortó Geraldine—. Los hay de peores en el cuerpo. Soy periodista y ellos procuran evitar problemas con nosotros.

—¡Faltaría! —solté en plan cáustico—. La prensa, el cuarto poder... ¿cómo no se me había ocurrido? Y dices que colaboremos, ¿no? Vale. Háblame de Susan.

—¿Por qué debo empezar yo?

—La señoras primero, prenda. Elemental norma de urbanidad. Ya sé que eso no se gasta mucho actualmente, pero yo soy muy de antes, ¿hace?

—¿Qué quieres que te diga?

—Lo primero que se te ocurra, bonita. Qué número de zapatos calzaba, su cine preferido, si tomaba somníferos, cuando perdió *aquello*... ¡Por favor, chica! Ése no es el camino. Si quieres hacerte la boba rompemos el trato. Quiero saber de su trabajo, amistades, problemas... todo. Todo puede ser importante. ¿A qué se dedicaba en la actualidad? ¡Ah!, ¿qué sabes de un tipo llamado Herman Lovich?

Ignoraba si sabía de la existencia de Lovich y por eso le pregunté

como si él estuviese vivo. Tiempo tendría de sincerarme si Geraldine me demostraba que era una tía legal en quién poder confiar. Entretanto, debía permanecer a la defensiva.

Y de momento, ella, se salió por la tangente. Que es por donde se salen los que no quieren soltar prenda.

—¿No me invitas a un *whisky*?

Geraldine se había levantado y pude percatarme de que sí... de que yo tenía más razón que un santo, toda la razón del mundo, cuando le dijera momentos antes que estaba como quería.

No me gustan las comparaciones, porque son odiosas, pero no pude evitar que mi pensamiento las estableciera entre aquella muñeca y Verónica Douglas; esta última, con todo lo bueno, y mucho que tenía, quedaba malparada, no salía favorecida en la comparación.

Los tejanos le sentaban de coña ajustándose al trazo curvilíneo de sus fabulosas nalgas, ciñendo sus esculturales muslos, apretando hasta el tobillo la perfecta pincelada de sus bien formadas piernas... Y el jersey con anuncio deportivo incluido oprimía con suavidad unos pechos altos que se mantenían agrestes y desafiantes con desprecio del sujetador... ¿para qué sujetarlos si se sostenían tan tiesecitos ellos?

Y completando *todo aquello* los ojazos verdes, la boca carnosa de labios gordezuelos, el corte exótico de sus facciones en general, su cabello azabache en moderna permanente con unos rizos y tirabuzones que sobresalían a modo de graciosa visera...

¡Yo tenía que pactar con aquel bombón al precio que fuera! Aquella nena y yo teníamos que colaborar, ¡naturalmente! Al fin y al cabo Susan era su hermana y ella tenía derecho... ¡y tanto derecho como tenía!

Si es cierto que se peca con el pensamiento, yo, en aquel instante, me estaba condenando por toda la eternidad.

—Vamos por el *whisky*, bonita —dije.

Coincidimos en la puerta que del dormitorio daba al *living*. Para pasar a la vez teníamos que ladearnos... Geraldine Lloyd más que rozarme me incrustó sus túrgidos y tibios senos en el tórax, los sentí palpar dentro de mí, noté que me quemaban la piel y que...

La estreché primitivamente por su fugaz cintura y mis labios se fueron a su boca, así, sin más. Una boca que tenía el mismo sabor

que las primeras fresas de la temporada.

Ni gritó, ni me arañó, ni me empujó, ni nada de todo eso que hacen las que —perdonen la redundancia— se hacen las estrechas. Estrecharse contra mí sí lo hizo. Y todo aquel fuego penetró vorazmente dentro de un servidor haciendo que me bebiera su aliento con verdadero frenesí.

La boca de Geraldine succionaba mis labios como si quisiera llevárselos dentro de su paladar...

O aquella tía me estaba llevando al huerto y yo picaba como un gilipueñas cualquiera...

¡Pero...! ¿Cómo se me podían ocurrir semejantes cosas mientras me quemaba el aliento de aquella hembra magistral, mientras su ardor vital se metía dentro de mí, mientras nuestros labios se embriagaban unos con los otros de mutuo acuerdo y sin reservas?

Me apliqué a la tarea de morir por tan dulce y sabrosa asfixia.

CAPÍTULO VI

—¿Siempre besas así, ladrón?

Yo me había acercado al mueble bar, tras un largo minuto de pausa invertido en recuperar el aliento, para preparar los *whiskys*.

—¡No! —exclamé—. ¡Qué va! Los sábados y domingos mejoro bastante.

Le di su vaso y me fui con el mío en ristre a la butaca de enfrente.

—Yo quería mucho a mi hermana —dijo Geraldine de súbito, adoptando un rictus severo—. Tengo que saber por qué la asesinaron y espero que me ayudes, Dennis.

—Estás muy bien informada sobre mí mientras yo apenas sé nada de ti, pequeña. Excepto que besas de primera... y si te superas los fines de semana ya tiene que ser demasié —bebí un trago—. Antes te he hecho unas preguntas. Si no rompemos el hilo pronto y decidimos sincerarnos mutuamente será el juego de nunca acabar, pequeña.

Bebió ella también.

—Creo que tienes razón, detective —admitió. Siguiendo—: En los últimos años, Susan y yo estábamos bastante alejadas. Cuando acabamos los estudios superiores y mientras yo me inscribía en la academia de las Ciencias de la Información, ella me dijo un buen día que se largaba a Washington para licenciarse en Ciencias Políticas. Estuvo cinco años en la capital y apenas si nos cruzábamos una carta de cuando en cuando. Me extrañó su repentina reserva, ya no por el hecho de que fuera su hermana sino porque entre Susan y yo siempre había existido la corriente íntima de dos grandes amigas, sentimiento que para nosotras estaba muy por encima de los lazos de sangre.

—¿No intentaste saber el porqué de su... digamos retraimiento hacia ti?

—Buena y lógica pregunta —cabeceó. Y repuso—: No, no lo intenté. Precisamente porque nuestra anterior intimidad me llevaba de una forma instintiva, prudente o absurda, ¡no lo sé!, a respetar su parquedad, su silencio casi. Seguimos con el espaciado carteo, hasta que un buen día Susan apareció por Nueva York.

—¿Hace mucho que regresó?

—Un año más o menos.

—¿Te dio entonces alguna explicación? —quise saber.

Su rictus expresivo fue del todo elocuente. Acompañado de un:

—No. Tan siquiera inventó una excusa para justificar su actitud introvertida durante los cinco años precedentes. Se produjo con toda normalidad, pero a mí no podía escapárseme que había cambiado, y mucho. Ya no era la Susan de siempre, la Susan con quién yo había compartido la infancia y parte de la adolescencia. Se empeñó en mostrarse muy natural y eso evidenciaba todavía más su fingimiento. Se forzaba y yo lo veía claro aunque no lo comprendía.

—¿Había obtenido su licenciatura en Ciencias Políticas? —Seguí en plan preguntón.

Cabeceó afirmativa. Matizando:

—Bueno... al menos me dijo que sí. Y me sorprendió una vez más al asegurarme que ya no le seducía la política y que iba a dedicarse al secretariado pues también en este campo profesional había obtenido el correspondiente título. Esta circunstancia, la de colocarse como secretaria, era precisamente el motivo de su regreso a Nueva York. Me dijo haber obtenido un excelente empleo como secretaria particular de un alto ejecutivo en una empresa dedicada a la fabricación de armamento bélico.

Mientras escuchaba las explicaciones de mi repentina y preciosa amiga de los ojazos verdes, de aquella impresionante hembra que los días laborables besaba como los propios ángeles, pensé, con inmodesta satisfacción interior, que pese al profesional olvido en que la sociedad me había injustamente marginado, mis deducciones anteriores corrían por la senda del acierto.

Aquel asunto tenía que ser complicado, como yo había intuido, y los asesinatos de Susan y Herman nacían de una sofisticada motivación, como yo había pensado también... y ahora me atrevía

ya a suponer que todo aquel *puzzle* que comenzara horas antes con un crimen en mi escalera —versión Massimo Richi— se agigantaba para tomar unas dimensiones que quizá acabarían desbordándome.

¿Por qué?

Exactamente no podía definirme con una respuesta concreta, pero cada vez, sin duda, lo tenía más claro.

—¿Qué empresa, Geraldine?

—No recuerdo ahora el nombre... pero sé que es un trust que fabrica armas. Creo que trabaja para el Estado y que al mismo tiempo exporta a su albedrío merced a unos convenios o cosa parecida. No me hagas mucho caso porque trato de recordar por encima las vagas explicaciones que Susan me ofreció al respecto.

—Durante este último año que ella permaneció en Nueva York, ¿os veíais con más frecuencia?

Volvió a negar con la cabeza. Su expresión reflejó abatimiento.

—¡Qué va! —exclamó—. Nos llamábamos por teléfono a veces... y la iniciativa de esas llamadas siempre partía de mí. Ya te digo que desde que se fue a Washington, Susan cambió mucho.

—¿Te habló alguna vez de Axel Marvin y Herman Lovich? Se mordió el labio inferior, su dulce y carnoso labio... ¡su sabroso labio, narices!, meditativa.

—De ese tal Axel, sí. Me dijo que salía con él y que había algo más que una amistad. Incluso creo recordar que... ¿es detective privado, verdad?

—Lo es.

—Pues no sé nada más al respecto. Del otro, de Lovich, tú me has dado la primera noticia.

—Herman Lovich y Susan Lloyd debían tener un importante nexo de unión. Ahora, los dos están muertos —dije, juzgando que había llegado el momento de ser yo quien se abriera a Geraldine, quien se sincerase con ella, porque estaba convencido de que era una chica honesta y legal.

—No entiendo nada de lo que me dices... si es que en realidad me estás diciendo algo.

—Voy a ser más explícito, muñeca. Creo que te lo mereces.

Y empecé la historia desde el preciso instante en que Massimo Richi había incrustado su dedito en el timbre de mi apartamento.

Al término de mis explicaciones, observé que Geraldine estaba

absolutamente confusa.

—¡Un auténtico rompecabezas! Ni por asomo veo la punta del hilo que pueda llegar al ovillo.

Me vino a la cabeza y por eso largué, de improviso, el interrogante:

—¿Qué clase de enfermedad sexual padecía Susan?

Geraldine Lloyd abrió mucho las órbitas y sus ojos verdes, luminosos, de chispeante intensidad, me parecieron más grandes que nunca.

Su expresión de sorpresa era del todo genuina.

—¡Cómo...! —articuló, sin salir de su confusión—. ¿Cómo has conseguido saber eso?

Hice un gesto ambiguo. Luego pedí una disculpa silenciosa. Después, dije:

—Ciertos fragmentos de mi conversación con Herman Lovich no te los he referido por... ¡En fin, que Lovich me habló de ello!

—Es cierto, si —admitió—. Pero creía ser la única persona que estaba impuesta de ese... llamémosle secreto de la vida íntima de mi hermana. Todo empezó en la pubertad y Susan me lo confió con temor. Para ella, en ocasiones, la función sexual se convertía en una auténtica necesidad, en un imprescindible desahogo fisiológico que no respondía al hecho normal de un cariño o de una simple correlación efectiva con otra persona. Necesitaba hacerlo, así, sin más. Visitamos algunos médicos, casi siempre la acompañé yo, y uno de ellos la sometió a un tratamiento que al parecer y al menos en principio, dio buenos resultados. No recuerdo exactamente la definición técnica de esa enfermedad, pero no es la conocida ninfomanía. Tengo presente que el doctor nos explicó que aquella irregularidad sexual estaba estrechamente vinculada a la disfunción de una glándula determinada... —Volvió a mirarme con sus hermosos y grandotes ojos muy abiertos, para preguntarme—: ¿Piensas que eso haya tenido que ver con su muerte?

Me encogí de hombros.

—Sinceramente, no lo sé. Todo está muy confuso. Hay varias pistas... lo del «Rapsodie» por ejemplo, adonde voy a ir esta misma noche; ese misterioso número de teléfono, los varios puntos de conjunción entre tu hermana y Lovich..., pero nada concreto, nada que marque una pauta que pueda considerarse definitiva. Y hay

otra cosa: me extraña enormemente que Axel Marvin no haya hecho acto de presencia por aquí, ¿sabes?

—Quizá no está enterado...

—Este tipo de noticias, debes saberlo por razones profesionales, no es que corran, ¡es que vuelan! Axel debe saberlo... y a mí me gustaría saber lo que él está haciendo. Bueno, muñeca —me puse en pie—, yo había pensado ir al «Rapsodie» porque por algún sitio hay que empezar. Tengo que averiguar porque Gus Morales quiso aconsejarme tan bien y quien le ordenó que lo hiciera. Mañana me ocuparé de ese número de marras...

—Dennis —musitó—, quiero ir contigo a ese club. Estamos colaborando, ¿no?

No la escuchaba porque, de súbito y sin una razón que lo justificara, al menos aparentemente, una luz había brillado en mi cerebro, intensamente, iluminando hasta el último de sus más ignorados rincones.

—¡El número... el maldito número! —exclamé con júbilo y creo que hasta brincando—. ¡Ya lo entiendo! ¡Ese número corresponde... *corresponde a un abonado de Washington!*

¡Claro! —Seguí brincando, muy satisfecho, seguro, de mi sagacidad—. ¡No puede ser de otra manera!

Geraldine, que en los últimos minutos iba de sorpresa en sorpresa, me miraba, más que con sorpresa... quizá con preocupación; sí, debía preocuparle que, a la vista de los hechos, a mi caja de cambios le fallase el piñón de ataque.

Dejé al instante de exteriorizar mi júbilo. Pensando incluso que los colegas del celuloide y la literatura negra no hacían aquellas cosas cuando obtenían un dato... o creían obtenerlo.

Había que mantener las apariencias, porque no bastaba con ser detective sino que había que aparentarlo. Admitiendo como normal lo que me pudiera parecer una genialidad, dando por sentado que los demás esperaban de mí, precisamente, éxitos y genialidades.

—¿Se puede saber qué te pasa, Dennis Wagner?

—Te lo diré, Geraldine Lloyd. Ese número de teléfono que tanto en la agenda de Herman como en la de tu hermana figura en la página correspondiente a la «W», sin nombre en la de él y con un nombre en la de Susan que no empieza con esa letra, tiene que ser de Washington. ¿No procedía de allí, ella? Y el hecho de que ambos

lo tuviesen en la hoja de la «W»... Washington empieza con «W», ¿no?

—Parece que tiene lógica —dijo la preciosa periodista.

—Lo sabremos al instante —sentenció.

Directo al teléfono. Pedí larga distancia, Washington, solicitando hablar con el señor Snegruj en el HE-3-6708-2.

—El número pertenece a Washington, señor —me contestó la operadora—. Pero el nombre del abonado no se corresponde con el que usted me da.

—¿Y no puede decirme usted el nombre, señorita?

—Lo tenemos prohibido, señor. Pero puedo comunicarle si quiere, eso sí.

—Comuníqueme entonces.

Oí el zumbido de la llamada.

Transcurrieron unos segundos y al otro lado se alzó el auricular.

—¿Sí...? ¿Quién llama?

—Quisiera hablar con el señor Snegruj, ¿está en casa?

—¿Qué nombre ha dicho? —me preguntó la voz, con evidente matiz de extrañeza.

—Snegruj —repetí.

—Lo siento. Aquí no hay ningún señor Snegruj.

Y colgó, así, sin más.

Me quedé muy decepcionado mirando mi propio teléfono. Dudando de mis dotes deductivas... Bueno, tampoco era para derrotarse, ya que había acertado con lo de Washington.

Y si Herman y Susan habían tomado precauciones para que el abonado no fuese localizable situándolo él en la «W» sin nombre, y ella también en la «W» con nombre... ¡con un nombre que no se correspondía con el número!

Me arreé una sonora palmada en la frente. Y otra, y una tercera, mientras repetía mi jubilosa escena anterior.

—¡Ya lo entiendo, ya lo entiendo! —grité—. ¡No puede ser de otra manera!

—¡Dennis! ¿Se puede saber qué pasa ahora? —Geraldine seguía bastante confusa frente a mi extraña forma de producirme en los últimos minutos.

—Tranquila, muñeca, tranquila —le dije, mientras cogía papel y un bolígrafo—. Creo que pronto estaremos en el buen camino.

—Si tú lo dices —pronunció con evidente reserva.

Entretanto, yo, encima del papel, escribía al revés las letras que formaban el nombre o apellido: Snegruj.

Y obtuve: JURGENS.

Volé de nuevo al teléfono. Pidiendo otra vez larga distancia, Washington, solicitando hablar con el señor Jurgens en el HE-3-6708-2...

—Enseguida le pongo —dijo la operadora, admitiendo como correcto nombre y número.

Fue entonces cuando colgué en seco. Con violencia.

Jurgens... ¡Lawrence Jurgens! Senador por el estado de Wyoming. ¡Tenía que ser él!

—¿Te importaría explicarme todo lo que se está cociendo en tu cabeza, pesquisa?

La estreché entre mis brazos sorprendentemente, para ella, claro, buscando repetir la suerte de un rato antes. A Geraldine le pareció bien y el efusivo intercambio de bocas y alientos, se prolongó.

En aquel momento, ¡palabra!, me la hubiese llevado a la cama..., pero debo confesar, ¡los hombres somos como niños!, que me ilusionaba muchísimo más jugar a los detectives.

Tras el largo beso y al tiempo que acariciaba sus mejillas, dije:

—Me has traído suerte, reportera —y la empujé hacia la butaca sentándome yo en el brazo de la misma al tiempo que la hacía partícipe de mis recientes deducciones.

—¿Y qué tendría que ver Susan con un senador de Washington?

—Hasta ahí no llego, preciosa. Pero piensa en la reserva que ella guardó, incluso contigo, acerca de sus actividades en la capital. Tengo tres mil dólares, ¿sabes?

—¿Y a qué viene eso ahora?

—A qué es suficiente dinero como para volar a Washington mañana por la mañana.

—¿Sólo?

—¿Quieres acompañarme tú, prenda?

—¿Hace falta que te lo diga?

—¿Dejamos de jugar al juego de las preguntas sin respuestas, Geraldine?

—Dejamos, Dennis. ¿Y mientras llega mañana?

—Visita al «Rapsodie» tal y como yo había programado antes de

tener la suerte de dar contigo. ¡Ah!, ¿me contarás algún día como has entrado aquí?

—O. K. —cabeceó, con una picara y provocadora sonrisa en los labios—. Algún día. Y la próxima vez, cuando te tropieces con una mujer en tu cama, sé más atrevido. Me has decepcionado... en principio.

La tomé en brazos en menos tiempo del que cuesta explicarlo y enfilé el dormitorio.

Agitó sus piernas en el aire.

—¡Dennis, Dennis... por favor! He dicho, *en principio*. ¿No tenemos que ir al «Rapsodie»?

—Eso te salva... de momento, zorrita.

Fuimos en un taxi, porque Geraldine no había traído su coche y yo todavía no había comprado el mío.

CAPÍTULO VII

En efecto, se ubicaba en la 52 Oeste.

Como me dijera el malogrado Herman Lovich.

Para ser más exactos en el 68 de aquella arteria del Broadway nocturno y bullanguero, con sus teatros de burlesque, *pub's*, boites, salas de *strip-tease*, rincones del eros subido, pornoshow's, etcétera, etcétera, etcétera.

Un ambiente bastante golfo de una parte y señorial de otra — contrasentidos lógicos de una urbe cosmopolita y heteróclita como lo era la de los rascacielos— flotaba sobre el ámbito nocturno del Broadway.

Yo pagué el taxi. ¿Ven como soy un poco antiguo? Y eso que ahora es norma que paguen las tías, ¿verdad? Pero uno está contento de ser como es... incluso me parecía advertir que a Geraldine no le disgustaba que yo fuera un poquitín retrógrado en aquellas cuestiones.

«Rapsodie».

Entramos. Ella iba colgada de mi brazo haciéndome sentir el contacto tibio de sus turgencias.

¿De qué podía quejarme yo? Tenía un caso importante en las manos con crímenes incluidos; brillantes deducciones que llevaban a Washington; un cliente marica y una chica preciosa como Geraldine con la que exhibirme por la noche neoyorkina.

¡Vivir para ver, sí, señor!

Ambiente gay, desde luego. Pero dentro de un orden, ¿eh? Con personal comedido pese a que alguna mariposa pudiera andar loca y revuelta tratando de llamar la atención. Pero como diría el poeta, era una entre mil.

Los homosexuales tampoco son tan malos, exhibicionistas y groseros como la gente se imagina. Una mayoría son bastante más educados y correctos que los hetera... y en una ciudad como Nueva York según que cosas carecen de importancia.

Mesas alargadas junto a la pared con asientos corridos para dos o tres personas por lado, veladores un poco más íntimos para parejas, algún que otro reservado debía haber por allí, música de ambiente (en lata, desde luego, o

play-back

si lo prefieren) muy suave y dulzona, en fin, lo corriente en aquella clase de establecimientos.

Lo que sí me sorprendió vivamente fue el hecho de que la barra mostrador, larga al principio y semicurva al final, que corría paralela al muro de la izquierda según se franqueaban las cortinas que tras la puerta de entrada daban acceso a la sala, estaba atendida por bellísimas ninfas que se tapaban lo justito.

Sería para deleite de algún macho de los que de tarde en tarde asomaban el hocico por allí.

—¿Te gustan, eh?

—¡Vaya! Si creía que no estabas aquí... y resulta que te estás quedando con todo, ¿verdad?

—Deformación profesional, pesquisa.

—¿Nos sentamos en aquel velador? —señalé, al azar, uno de los que estaba libres al fondo de la barra, muy en la penumbra.

—Querrás decir que me sienta porque tú piensas moverte por aquí dentro, ¿no?

—¿Cómo lo sabes, pequeña? Me estás resultando muy adelantada para la edad que tienes...

—¿Cuántos me haces?

—Cincuenta y seis recién cumplidos. Pero los llevas de fábula.

—¡Tonto! —Y tras la exclamación, se empinó para darme un besito en los morritos de un servidor.

Sus labios me sabían a gloria y por eso los saboreé; por eso y para escarnio de alguna de las mariquitas locas que revoloteaban, ligeramente revueltas, por aquel jardín del eros... deformado y desviado al entender de algunos.

Geraldine tomó asiento en el velador y mientras ella le pedía un

Gin-fizz

» al camarero —íntegro al parecer— que se acercó con presteza, yo, puse proa a la barra.

Todas estaban de angina de pecho, y lo digo sin segundas, por lo que la elección se hacía dificultosa. La que estaba al principio con el pelo teñido de color caoba me pareció que tenía una carita simpática y expresión de buena conversadora.

—Hola, bonita del todo. ¿Me pones un *whisky*?

—¿Vas a beber solo, precioso?

—Sabía que tú me acompañarías. Me llamo Dennis, ¿y tú?

—Angela.

—El nombre casi es tan guapo como tu cara, muñeca. ¿Bebemos *whisky* en compañía o tú prefieres otra cosa?

—*Whisky*, como el cliente.

—No hagas cumplidos, Angela. Si te apetece cualquier otra bebida.

Ya se inclinaba para servir el líquido en los altos vasos de cristal tallado... ¡madre mía lo que me brindó al inclinarse!

—¿Impresionado? —inquirió, burlona, al percatarse del punto de su cuerpazo donde yo tenía clavadas mis pupilas.

—Me gustaría ser más atrevido para decirte la verdad.

—Inténtalo, atleta.

—¿Me dejas ir a la cama contigo esta noche?

—¿Y qué hacemos con la chavala que te acompaña? ¿De mirona?

—¡Jope! ¿Por qué seréis todas tan observadoras?

—Por lo mismo que vosotros sois tan tímidos. No me acostaría ni con Robert Redford, así, por la cara, a las primeras de cambio, ¿sabes?

—Pero yo lo mejoro bastante, ¿no? Y mira por donde también soy admirador, en el bien sentido, de Redford. ¿Has visto a Gus por aquí esta noche?

—¿Lo conoces? —me preguntó a su vez, mientras paladeaba el ambarino líquido, empezando a escrutarme con un interés que nada tenía que ver con mis masculinos atributos.

—Sí —largué con seguridad—. Hemos estado metidos en política.

Tosió a causa de la risa y por poco me salpica de *whisky*.

Viniendo de su boquita tampoco me hubiera importado, desde luego. Yo, no soy nada asqueroso.

—¡Por favor, Dennis! ¡No hagas que me parte de risa! ¿Gus metido en política? Si firma con el pulgar... ¿Puedo saber a qué juegas, bonito?

Como Angela seguía ligeramente inclinada hacia delante, obsequiándome con una generosa exhibición de sus cántaros de miel, yo, todo naturalidad cual de costumbre, pasé la palma de mi diestra alrededor de su nuca y la atraje más hacía mí como quien va a contarle un secreto.

—Te diré la verdad, guapa de cara. Gus nos traía el cántaro del agua mientras nosotros preparábamos la campaña electoral del senador.

Y aprovechando que la tenía cogidita, rocé su boca con la mía. El mundo, ¡no les quepa la menor duda!, es de los aprovechados.

—No te pases, mono. Aunque no niego que me vas, el morreo no está incluido en el precio. ¿Para qué buscas a Gus?

—Bueno, es al patrón a quien busco en realidad. Gus me dijo su nombre la última vez que nos vimos, pero no... —Me mordí el labio —, no consigo recordar... ¡Ah, sí, Johnny...!

—Lo has hecho muy bien, pero se te nota un poco el rollo, ¿vale? Como no me comprometo a nada y tú me vas un poquitín, te diré que se llama Darren Brasseur. Ése es el patrón de Gus y el dueño de esto. ¿Era para eso que me has invitado, no?

—En principio sí, pero ahora pienso que...

—Pues no pienses que debemos conocernos mejor porque para eso ya tienes a tu chica, Dennis. Gracias por el *whisky*...

—¿Está el patrón en casa?

—O. K. En su oficina. Pero no creo que te dejen llegar con facilidad.

—Por probar...

Dejé el importe y una generosa propina sobre el mostrador y me alejé luego de rozarle otra vez la boquita sin que Angela se enfadara. Aquella chavala hubiera tragado conmigo, ¡digo! De todas formas me quedaba con ojazos verdes. Era de lo mejorcito que había visto en los últimos mil años. No me importa reconocer que Geraldine Lloyd respondía tanto en lo físico, ¡cantidad de hermosa que estaba la niña!, cómo en carácter —al menos, juzgando por lo

apreciado hasta el momento—, a la mujer que yo había imaginado —uno tiene su corazoncito y sueña con la princesa de su vida para hacer algo más que juegos en la cama.

O sea, dicho de otra forma: que me encantaría hacerle un niño, pero responsabilizándome de la paternidad, o sea: pagando los zapatos, la ropa, el colegio, etc.

Así pensando, me acerqué al velador para decirle a la princesa de mis sueños que me proponía echar una parrafada con el tal Brasseur.

Vi una sombra de angustia y temor en sus maravillosas pupilas de color esmeralda, lo cual, por qué negarlo, alimentó mi vanidad.

—Ten cuidado, Dennis —me advirtió, temerosa.

—Tranquila, pequeña, tranquila. No tardaré en volver. ¡Ah!, piensa que antes de salir hacia Washington quiero hacerte un niño.

Se puso encarnadita y más hermosa de lo que era.

—¡Bobo! Pero... vuelve pronto.

Ya no la oía porque me alejaba hacia el lugar donde suponía...

Lo de siempre, claro. Los cortinajes en un rincón casi hundido en la oscuridad y el clásico letrerito: «PRIVATE».

Y detrás de las cortinas tenía que estar un tipo de la calaña y catadura de Gus, diciendo que allí no se podía ni mirar.

El gorila estaba. Y me lo dijo. Añadiendo:

—¡Lárguese!

—¡Un momento, amigo! —exclamé—. Soy del Departamento de Hacienda y tengo que ver al señor Brasseur para un asunto urgente.

—¿Hacienda? —se extrañó aquel bulldog que intentaba tener algún rasgo de persona—. ¿De qué se trata?

—Han surgido problemas con la declaración de renta del señor Brasseur. Hay que solucionarlo de inmediato o mañana vendrán a cerrar el local.

Me di cuenta que cara de perro no podía asimilar tantas cosas a la vez. Pero había, una, que él la tenía muy clara: un fulano de Hacienda tenía que llevar identificación. Me la pidió:

—A ver, a ver, piano. Todos esos jaleos no los entiendo. Enséñeme su carnet... algo que acredite que usted es quien dice ser.

Lógico.

Eché la diestra al bolsillo interior del saco.

Cara de perro era profesional y algo en mí, quizá el brillo de los

ojos, o un ligero nerviosismo en mi mano, le advirtió de que yo no iba a enseñarle ninguna identificación.

No se anduvo con tonterías y me largó un puñetazo que no me pilló de lleno por auténtica casualidad. Pese a que yo había agachado levemente la testa capté de refilón el puño que se me venía encima. Ladeé la cabeza, pero aun así me dio. Y reboté contra la pared del pasillo soltando un gemido.

—Con que de Hacienda, ¿eh? —Me enseñó sus dientes amarillos en feroz sonrisa—. Te quenas «quedar» con Toby, ¿verdad? ¡Yo te enseñaré a vacilar, cerdo!

Se lanzó a culminar su obra.

Me fui para un lado como una exhalación, porque la experiencia con Gus ya me había enseñado que con aquella gentuza no podías andarte con tonterías, le esquivé y la puntera de mí zapato se clavó donde todos ustedes saben.

Toby se detuvo en seco llevándose ambas manos a la parte castigada.

Era el momento de machacarle sin piedad. A lo Cassius Clay. Lo tenía a pecho descubierto y ensayé el uno-dos

a la perfección. El puño izquierdo se lo empotré en la boca del estómago y se agachó todavía más para que pudiera cazarlo con un gancho de derecha en plena barbilla que dio con su bestial naturaleza en tierra. Pareció que acababa de caerse del Empire State Building, por el ruido, claro.

En aquel pasillo solo había una puerta y por lo tanto no podía confundirme. Como no quería más sorpresas, saqué la Browning antes de abrir la puerta... sin llamar ni pedir permiso, por supuesto.

Abrí.

Vi al fulano que estaba inclinado sobre la chavala, sobándola a discreción.

—¿Molesto, familia?

El tipo se giró rápidamente mientras la rubia se escondía los pectorales y se abrochaba la blusa precipitadamente.

Me miraba con muy mala folla.

—¿Quién eres tú?

El muy cerdo me tuteaba.

Con la punta del cañón le hice señas de que se pusiera contra la

pared. Luego lo moví de arriba abajo indicándole que las manos las quería por encima de la cabeza.

Me entendió perfectamente y la expresión de mi rostro, malévola y decidida, le convenció de que debía obedecer.

—Me llamo Dennis Wagner... y creo que tú y yo tenemos que hablar, Brasseur.

Tenía pinta de hampón de mediana categoría. Habría subido en aquel mundo de manos de alguna golfa de altura porque aún quedaban evidencias en su forma de vestir y en su expresividad de haber sido macarra de guante blanco. El pelo ondulado, la tez cetrina, facciones agitanadas de las que gustaban a cierta clase de hembras, terno azul oscuro con una fina rayita blanca y zapatos muy relucientes.

—Me parece que te confundes... ¿Has dicho Dennis?

—No tengo tiempo para crucigramas, chulo barato. Gus Morales no se ha confundido y me ha dicho bien claro que tú le habías mandado a convencerme de que no investigara ciertos asuntos.

Metí la zurda en el bolsillo exterior de la chaqueta y, sacando el permiso de conducir y la cartera del gorila, los lancé a los pies del dueño del «Rapsodie».

—¡Recógelos! —ordené.

Y cuando se inclinaba para hacerlo le lancé casi al rostro la cajetilla de fósforos. Diciendo:

—Esto también lo llevaba Morales en el bolsillo.

Mientras Darren Brasseur se ocupaba mirando las pertenencias de su hombre de acción, me fijé en la chavala. Seguía quieta, reclinada en el sofá, con sus preciosas piernas caídas por fuera.

Estaba de impresión la tía. Rubia, dorada como el oro. Un filón, una veta aurífera. Así brillaba el cabello peinado en alto, en gracioso moño que dejaba caer finísimas hebras de oro encima de la frente, componiendo un gracioso y pícaro flequillo. El óvalo de su rostro exquisito era de un bronce encendido. Bien trazadas sus finas y arqueadas cejas. Bajo éstas, dentro de unas órbitas elípticas, vivían un par de ojos grandes, inmensos, rasgados, que chispeaban con la tonalidad de la almendra. La nariz era un prodigio de pícara elegancia. Y luego la boca... ¡qué boca tenía la niña!, compuesta por un par de labios que se curvaban en arco impecable y que se extendían en suave pincelada de rojez ardiente, sangrante.

Renuncié, esta vez, a las comparaciones.

Y hasta me pareció que la imagen de Geraldine se alzaba frente a mí señalándome con su índice acusador.

Pero yo seguí todavía unos segundos fijo en aquella hembra. Había algo en ella que me resultaba familiar...

—Todo esto no significa nada —dijo Brasseur.

Me centré en él y avancé hacia él. Y a él le metí, cuando menos podía imaginárselo, un culatazo impresionante en mitad de la boca.

Echó sangre al momento.

—¡Bestia! —gritó ella.

—Como abras otra vez la boca, linda —le dije—, me cuidaré de ti. Tú, de mirona y callando. ¿Vale?

Renové mi atención hacia el macarra de guante blanco.

—¿Me vas a explicar el por qué de la visita de Gus? Ten en cuenta que cuando se me acabe la paciencia, Darren Brasseur de mierda, te partiré el alma de un balazo. Yo soy un muerto de hambre, ¿sabes? Lo tengo todo ganado y todo perdido, ¿comprendes? Me da lo mismo ocho que ochenta, que ochocientos mil...

Como vi que sólo se preocupaba de restañar la sangre que soltaba por los morros, alcé la rodilla derecha, bruscamente, y se la clavé donde yo solía hacerlo.

Se olvidó de la morrera al instante, para prestar atención a sus puntos masculinos.

—¡Aaaag! ¡Hijo de...!

Le corté la frase con otro culatazo en los hocicos. Se retorció de dolor apelotonándose en tierra. Aquella clase de individuos siempre me habían inspirado asco, desprecio y repugnancia. Quizá por eso, quizá porque tenía la sensación de estar castigándolos a todos, pero muy especialmente porque necesitaba saber qué papel jugaba aquel tipo en los asesinatos de Susan y Herman, me desmadré, sacudiéndole sin piedad un par de punterazos en la cabeza.

Hice de Darren Brasseur un ovillo humano. La tía, que me seguía resultando familiar, contemplaba la escena con evidente impotencia, pero sin decir esta boca es mía.

—Se me acaba la paciencia, Brasseur. Quiero saber por qué mandaste a Gus en plan de consejero y tus relaciones con una mujer llamada Susan y un tío llamado Herman. Espabila, que me tiembla

el dedo... o te mato a patadas o te clavo un pepino de plomo en mitad de la cabeza. ¡Habla, puerco!

Y detrás le fue un nuevo patadón.

Quiso protegerse, infantilmente, con ambas manos, alzándolas. Acto seguido, con mucha sangre en los labios todavía, escupió:

—¡Vale, vale..., pero no me pegue más! ¡Espere...!

—No espero porque no tengo paciencia. O largas o te crujo hasta que casques, ¿hace?

—¡Sí, sí...! —Se medio incorporó, quedando en cuclillas contra la pared. Dijo—: Es... es un asunto muy complicado, Wagner. Le he querido advertir y, encima, usted me sorprende cobardemente y me hincha. Se arrepén...

No terminó la palabra porque volví a cascarlo sin el menor escrúpulo.

—Lo que a mí se me están hinchando, Brasseur, son... me entiendes, ¿no? Te he dicho que me da igual todo y no pareces creermelo, ¿verdad? —Monté la automática tirando espectacularmente de la corredera—. Pues voy a convencerte...

—¡Quieto, quieto...! —Se alzó de golpe, pegada la espalda a la pared, escupiendo cada vez más sangre.

Le empotré el cañón contra el entrecejo.

—Ni un minuto más, Darren ¡Larga o te ventilo!

Largó, torpemente, pero al instante.

—¡Está usted metido! —ahora ya me trataba de usted, como debía de ser, ¡puñeta!— en un asunto de espionaje. Susan Lloyd y Herman Lovich trabajaban para Washington. Yo sólo me limitaba a facilitarles cualquier cosa que pudieran necesitar. Hombres, contactos...

La confesión no me pillaba por sorpresa. Lo de Washington lo tenía ya garganta abajo. Lo del espionaje... me venía un poco de nuevo, sí.

—¡Vaya, Brasseur! ¿Así que tú también trabajas para Washington, eh?

—En cierto modo...

—Y te dedicas a enviarle a la gente tipos como Gus para que les chafe la cabeza, ¿verdad?

—¡Yo no le mandé a eso! Tenía que limitarse a asustarlo para que usted se apartara del asunto. Nada más.

—Pues por poco me aparta del mundo. ¿Y con quién colaboras tú, macarra barato?

—Bueno... eso no puedo...

Apreté más el cañón de mi Browning. Aconsejándole:

—Sí puedes, Darren... Por tu propio bien, sí puedes... ¡Con quién!

—Departamento de Defensa. Pero en este caso concreto con el senador Jurgens. No sé nada más, ¡se lo juro!

¡Vaya, senador Jurgens! —pensé para mí—. Las piezas encajaban... o empezaban a encajar.

—¿De veras que no sabes nada más? —insistí.

Vi un extraño brillo en sus ojos negros y de reojo capté un movimiento de... sí, de alegría, en la chavala.

—¡Suelte esa pistola! —Y me clavaron el cañón de otra en la nuca.

Me estaba bien. Por imbécil y confiado.

Solté la Browning.

Darren Brasseur no perdió el tiempo. Aún no había llegado mi automática al suelo cuando me sacudió un puñetazo en el estómago y una patada en la boca al agacharme.

Tropecé con el tipo que me encañonaba por la espalda cuando me fui hacía atrás convertido en una pelota. Con mirada turbia pude captar que además del de la pistola había otro. Los dos de la misma catadura que Gus y Toby. La puerta estaba entreabierta.

¡Novato de mí!

—Ahora te vas a enterar bien de quién soy yo —rajó Brasseur, viniendo hacia mí con la pierna dispuesta para coserme a patadas.

Alguien, en aquel preciso instante, le pegó un punterazo a la puerta abriéndola de par en par.

—¡Todo el mundo quieto! —estalló una voz seca, metálica, de corte ominoso—. ¡Tú...! —Se refería al que me había desarmado a mí—. ¡La pistola al suelo! ¡Rápido!

El tipo se resistió. Al tiempo que se agachaba veloz, giró como una centella con la intención de hacer frente al inesperado visitante.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Sonaron, como cañonazos, tres disparos.

El gorila, alcanzado de lleno en la cabeza por los tres proyectiles, se quedó quieto, inmóvil como si alguien invisible lo

sujetara férreamente, y de súbito salió despedido hacia atrás con extraordinaria violencia.

La rubia saltó a tiempo pegando un grito ensordecedor.

—¡AAAAAAAAAAH!

De un pelo no le había caído el tipo encima. Rebotó en el sofá, dio un par de vueltas y quedó tendido en tierra, definitivamente inmóvil, definitivamente muerto.

Me estaba incorporando con cierta dificultad mientras bendecía mentalmente a mi «ángel de la guarda» que había bajado del cielo con revólver y todo.

Lo miré, con mis ojos todavía estrábicos.

Era... ¡el tipo cuya fotografía llevaba Susan en su agenda! ¡El que se había sacado a la par que yo la licencia de detective privado!

Era, en definitiva, Axel Marvin.

—¡Es... es un placer verte de nuevo, colega! —exclamé.

—Lo supongo —me sonrió con cierta sequedad, cubriendo con el cañón de su 38 especial a Brasseur y compañía. Y prestando atención a la rubiales, le preguntó—: ¿Quién eres tú, muñeca, y qué vela te han dado en este entierro?

—Es una amiga mía —respondió Brasseur, contrariado por el nuevo cambio que había dado la situación—. No tiene nada que ver con todo esto.

—He preguntado quién es y cómo se llama —insistió Marvin, moviendo significativamente el todavía humeante cañón de su revólver—. Contesta tú, bonita, porque me va a importar muy poco estropearle la cara... ¡vamos!

La rubia pareció encogerse... cosa difícil porque algunos de sus atributos no era fácil que se encogieran. Pero se encogió por el temor, claro.

—Jessica Ford. Y soy amiga de éste —«éste» era Darren Brasseur, al que ahora señalaba la preciosa hembra con el índice de su derecha—, ya te lo ha dicho él, ¿no?

—Sin pasarte, golfa —replicó Axel—. Eras tú quien tenía que decirlo. Me caes muy gorda, rubia, mucho... No sé exactamente por qué, pero me das un tufo profesional que no me gusta nada. Procura no tropezarte demasiado conmigo, porque yo también ando investigando este asunto, ¿de acuerdo? Y tú, Darren —había levantado el cañón de su arma en línea recta hacia la cabeza del

propietario de «Rapsodie»—, cuídate y cuida lo que haces. Pese a tus colaboraciones con Washington todavía no tengo muy clara tu postura en este lío. Espero que no tengas nada que ver con la muerte de Susan porque, de ser así, aunque te vayas al fin del mundo te encontraré... y te estaré metiendo plomo en el cuerpo hasta que lo saques por los ojos. Y ahora, ¡todos al suelo, todos de bruces, rápido!

Obedecieron.

Yo recogí la Browning, y salí a la par que mi colega. Vi cómo éste cerraba con llave, por fuera, después de haber retirado ésta de la parte interior de la cerradura.

—Gracias —le dije.

Axel Marvin me miró con frialdad. Y dijo en el mismo tono seco que antes:

—Te he salvado de esa gentuza por ética, Dennis. No vayas a confundir..., digamos, mis sentimientos. No me cae nada bien que andes metido en esta investigación porque, por muchísimas razones, considero que es caso de mi incumbencia. Tampoco puedo prohibírtelo...

—Ni lo intentes, Axel —le corté, un poco harto de su tono de superioridad—. Tú tienes tus razones y yo un cliente que me ha anticipado tres mil. Cada cual a lo suyo. Te debo un favor y si me necesitas no dudes en acudir a mí.

—No quiero favores tuyos, Dennis Wagner. Nunca has sido santo de mi devoción y menos ahora ¡Adiós!

Y se largó pasillo arriba.

Le imité, para reunirme con Geraldine.

—¡Por fin! —exclamé al verme, lanzando un prolongado suspiro de tranquilidad—. ¡Ya me tenías más que preocupada!

—Todo ha ido bien —la calmé—. Y ahora, vámonos.

Ya en la calle, me preguntó:

—¿Adónde?

—A tu casa si quieres, ¿hace?

—Hace —cabeceó.

—Tenemos que salir para Washington en uno de los primeros vuelos y mejor será que ya salgamos de un punto concreto hacia el aeropuerto.

—Y el punto concreto... ¿es mi apartamento, eh?

—Es tu cama...

Se empinó, besándome fugazmente en la boca.

—¡Golfo! —me dijo.

—¡Taxi! —llamé yo, viendo uno que cruzaba a nuestra altura con la lucecita encendida.

Nos acomodamos dentro y lo primero que hice fue estrecharla y besarla con ganas. Le mordisqueé los labios con fruición.

—¡Vale, impaciente, vale! —exclamó el taxista con una sonrisa de complicidad—. ¿Dónde vamos, pareja?

Geraldine Lloyd, sin apenas aire en los pulmones, dijo:

—843 de East Fordham Road. Oeste del Bronx.

—Sé dónde cae, guapísima —dijo el chófer, que era todo un tío cachondo—. A la altura del «Bronx Park» —puso el vehículo en movimiento y añadió, con una suave carcajada—: ¡Ala, pareja, a lo vuestro! Cuando lleguemos os aviso.

Tenía razón. A lo nuestro.

Geraldine me paró las manos cuando éstas viajaban por debajo del jersey deportivo en pos de sus pechos agrestes.

—Paciencia... —me susurró, entre beso y beso.

CAPÍTULO VIII

—¡Que lo paséis bien, pareja! —se despidió el taxista.

—En el fondo me envidia —le dije a mi preciosa periodista, dándole un suave achuchón.

—Eres un sádico, granuja.

—¿En qué quedamos, prenda? ¿Sádico o granuja?

—Las dos cosas.

Y me besó de nuevo antes de abrir el bolso y buscar la llave del portal, pues ya estábamos frente al 843 de East Fordham Road.

Entonces me percaté por el rabillo del ojo, mientras Geraldine abría y por eso se había echado un poco hacia adelante, del par de tipos que acababan de surgir del portalón del lado.

Empujé a la chica hacia adentro al tiempo que ensayé un ademán para hacerme con la Browning.

—¡Quieto, pesquisa, quieto! —gritó uno de los dos tipos, el más alto que llevaba gabán oscuro—. Venimos en son de paz.

Unos rayos de la farola cercana sesgaron en su cara. Vi que se trataba de George McCrea. A su lado el sargento Moore.

—¡Vaya...! —exclamé—. ¿No está usted un poco lejos de su distrito, teniente?

—Sí, eso creo —respondió. Y mirando a la chica la saludó con una caballeresca inclinación—. Buenas noches, señorita Lloyd.

—Buenas noches, teniente —respondió Geraldine, que ya había conseguido abrir la puerta—. ¿Cómo usted por aquí?

—En realidad es el detective Wagner la causa de que me encuentre por aquí. Como usted me dijo en la comisaría que deseaba entrevistarse con Wagner y no les he encontrado en Crescent Street, he pensado...

—Y ahora que comprueba que ha pensado bien —Le atajé con

evidente malhumor—, ¿qué se le ofrece?

—¿Sabe que se ha cometido otro crimen en su escalera, pesquisa?

—No. Y me declaro inocente además. ¿Para eso se ha tomado la molestia de venir hasta aquí?

Me sonrió mostrándome sus dientes de lobo.

—He hablado con Massimo Richi, con su cliente... me lo he tropezado casualmente, hace pocos minutos, cuando desde su casa me dirigía hacia aquí. Primero se ha hecho de nuevas, ¿comprende pesquisa? Pero pronto se ha venido abajo. ¿Puedo saber qué se ha llevado usted del apartamento de Herman Lovich?

—Nada.

—He hecho que recojan las huellas y me tomaré las molestias de comprobarlas con las tuyas, detective. ¿Por qué no intenta colaborar con la policía? Es uno de sus deberes como ciudadano. —Vale— acepté, porque había algo que me bailaba por la cabeza. Añadiendo: —Todo este asunto va más lejos de lo que nos imaginamos, McCrea. Mañana voy a Washington, en viaje relámpago, y a la vuelta estaré en condiciones de explicarle algunas cosas. Le diré ahora una a cambio de otra.

—¿A cambio de cuál? —me preguntó.

—El informe de balística sobre el asesinato de Susan.

Se mordió el labio inferior, manteniéndose pensativo unos segundos.

—Bien —dijo al fin—. Arma corta, posiblemente una Magnum del 7,92. Le dispararon desde el descansillo de la escalerilla de incendios. ¿Qué me ofrece a cambio?

—Asunto de espionaje, teniente. Susan Lloyd y Herman Lovich trabajaban para Washington. Creo que estamos en paz, ¿no?

—Hum... —Le vi fruncir el ceño—, a lo mejor vale más de lo que yo me pensaba —murmuró—. De acuerdo. Y espero que cumpla su palabra al regresar de Washington, ¿eh?

—O. K., teniente. Si no me balean antes, claro. Y ahora, si nos lo permite...

—¡Oh, sí, naturalmente! Es usted un hombre que progresa rápido en todos los terrenos. *Chapeau*, pesquisa. ¡Buenas noches, señorita Lloyd!

—Buenas noches, teniente. ¡Ah!, y con relación a su tono

cáustico, le diré que soy muy libre de elegir a mis amigos, de dejarles progresar y de dejarlos que se acuesten conmigo si a mí me van, ¿lo entiende?

El corte fue de época. George McCrea se quedó inmóvil, como si lo hubiesen clavado en tierra a base de mazazos, sin saber qué contestar.

Así los dejamos a ambos —sargento Stewart Moore incluido, aunque el pobre venía en plan de bulto—, colándonos en el vestíbulo y yendo en busca del elevador.

Geraldine tenía un apartamento confortable y decorado con exquisito gusto.

—Ponte cómodo. ¿Quieres una copa?

—Primero voy a llamar a la TWA. Es preciso arreglar lo del vuelo a Washington antes que nada —cogí el teléfono y una vez hecha la gestión le dije a la preciosa periodista—: Salimos a las 7.45, ¿te parece demasiado pronto?

—Me parece perfecto —respondió desde el dormitorio.

Fui allí. Estaba preparando la cama. Una cama amplia y cómoda, una cama de matrimonio.

La sujeté por detrás, por la cintura, y ahora no objetó nada al hecho de que mis manos se filtrasen por debajo del jersey. Cuando mis dedos se llenaron del calor y dulzura de sus carnes, cuando el fuego de sus pechos me contagió, sentí una necesidad inmensa de poseerla.

La hice girar, desnudándola lentamente.

Besé sus labios, su garganta de cisne, sus hombros... y me fui emborrachando de placer conforme la besaba.

Fue la propia Geraldine quien, encendida, desarbolada ya, me pidió que la poseyera.

—Por favor, Dennis... te necesito. Por favor...

CAPÍTULO IX

—¿Tenían audiencia con el senador? —preguntó aquella carcamal de piel arrugada con ojos que parecían cabezas de alfileres.

—¿Audiencia? —repetí yo, riendo con mala leche—. ¡Por Dios, señora! ¿En qué país vivimos?

Se puso tiesa y todos los huesos crujieron. Me miró en plan severo por encima de las gafas que eran todavía más antiguas que ella.

—Bueno, caballero... ¡tampoco hay por qué enfadarse! He querido decir si tenían hora convenida para hablar con el señor Jurgens.

—No —negué. Y poniendo encima de la mesa las dos agendas que en un santiamén había sacado del bolsillo, abiertas por la letra «W», di un manotazo sobre ellas, matizando—: Pero tengo esto... ¡esto!, ¿lo ve? Dígale al senador Lawrence Jurgens que estas agendas pertenecían a Susan Lloyd y Herman Lovich, que los dos están muertos y los dos trabajaban para él... ¡y que en las dos agendas figura su número de teléfono! ¿Lo ha oído, vejestorio?

¿Vale que la tía carcamal se quedó sin respiración? Y todavía más cuando le escuchó decir a mi bonita acompañante:

—Y dígale también que está aquí Geraldine Lloyd, hermana se Susan... y REDACTORA DEL «NEW YORK HERALD TRIBUNE» —a las últimas palabras las revistió de una especial entonación—. ¿Ha comprendido, señorita?

Me pregunté cuál era peor insulto, si llamarla vejestorio o llamarla señorita. Aunque, bien mirado, a la edad de aquella tía se debía pasar de todo.

Recogió las agendas, se puso en pie, nos miró con evidente intranquilidad y confusión, murmurando:

—Bien... un momento, veré lo que puedo...

—Procure poder, SEÑORITA —la animé yo, con ironía esta vez—, porque de lo contrario su jefe podría pasarlo muy mal.

—¡Está bien, está bien! —exclamó, hecha ya un verdadero lío—. ¡Voy enseñada, voy...!

Se metió en el despacho adyacente.

No habían transcurrido ni dos minutos de reloj cuando aquella puerta se abrió de nuevo, apareciendo en primer plano la figura del senador por el estado de Wyoming, Lawrence Jurgens. Que se hizo a un lado para dejar paso a su *joven* secretaria y luego se vino rectamente hacia nosotros con la mano extendida.

—¿La señorita... Geraldine Lloyd? —Se dirigió primero a ella por educación supongo, porque era hermana de Susan, porque trabajaba para el cuarto poder establecido y porque yo no había dado mi nombre al carcamal.

—Encantada, senador... Le presento al señor Wagner.

Me tendió también la diestra, con una sonrisa.

—Es un placer —me dijo.

—Dennis Wagner, de Nueva York, detective privado —fue mi saludo y presentación, muy intencionada ésta.

—¿Quieren seguirme, por favor?

Lo hicimos, hasta el interior de su despacho. Una estancia muy amplia, amueblada con estilo regio y muebles de pinceladas renacentistas. Una enorme biblioteca con sinnúmero de estanterías, repletas todas ellas de costosos volúmenes, la mayoría, lujosamente encuadernados. De las paredes pendían lienzos de cierto valor.

Jurgens pasó al otro lado de la pesada mesa tallada en caoba y señalando los cómodos butacones repujados en cuero que habían enfrente, nos invitó:

—Siéntense, sean tan amables.

Lo hicimos.

Estudié fugazmente al senador.

Sesenta años, más o menos. Cabello abundante, ondulado y completamente blanco. Había un rictus de dureza en sus facciones anchas que él, sabedor de ello, limaba con su estereotipada sonrisa, sus palabras afables y sus correctos modales. Vestía traje oscuro con chaleco.

—No sé con exactitud... —empezó.

—Sí sabe con exactitud —corté yo, elevando la voz. Y proseguí —: Ni nosotros ni usted, senador Jurgens, tenemos tiempo que perder. Las evidencias están claras. Susan Lloyd y Herman Lovich estaban trabajando a sus órdenes... y están muertos. Pero Darren Brasseur está bien vivo y lo ha confirmado. ¡Ah, ahora que nombro a Brasseur!, ¿no le da vergüenza al Senado, a usted, al Departamento de Defensa o a quién puñetas corresponda, tener tipos de la calaña de Darren Brasseur trabajando para la nación?

El senador ya no se molestó en divagaciones, subterfugios, alegorías, ni nada por el estilo.

Me miró rectamente a los míos con sus ojos castaños de expresión cansada. Diciendo:

—Nos juzga usted con mucha dureza y no le censuro por ello, señor Wagner. Desde su posición, posiblemente yo me expresaría de igual manera. Pero debe tener presente... —Se pellizcó la barbilla— que no es fácil encontrar personas que quieran jugarse la vida a cambio de unos billetes. Por eso, no siempre podemos ser lo estrictos que deseáramos a la hora de elegir nuestros colaboradores.

—Entiendo —acepté. Preguntando—: ¿Susan, Herman, en qué estaban trabajando?

—Me está forzando a tocar un tema calificado de *top secret*. No está en mi mano...

—Pero sí está en su mano —intervino Geraldine, que lo hacía pocas veces, pero de forma concluyente y lapidaria— comprar mañana el «New York Herald Tribune» y leer en primera página el reportaje que voy a redactar, con nombres, pelos y señales, partiendo de los datos que tengo... que no son pocos, senador.

—¡Por Dios! —exclamó alarmado—. ¡Se lo ruego! No haga eso... ¡Es un asunto muy grave! Más de lo que ustedes puedan imaginarse.

—Entonces, ¿por qué no se explica, senador? —le pregunté.

Le vimos dudar unos instantes, pero cedió al fin, consciente de que, entre todos los males que podían suceder, el menor era confiarse a nosotros.

—De acuerdo —cabeceó, evidentemente preocupado. Puntualizando—: Espero que sepan hacer buen uso de lo que voy a revelarles. Hace poco más de un año y medio se produjo una revuelta en cierto país del Medio Oriente que estuvo a punto de

derrocar el régimen establecido democráticamente por el pueblo. Una vez sofocada la sublevación pudo comprobarse que entre los rebeldes había buen número de mercenarios norteamericanos y que el armamento empleado por los insurrectos procedía de Estados Unidos. Oficialmente, el gobierno norteamericano no había vendido a ese país ni un insignificante cortaplumas, por lo cual, se dedujo de inmediato que las armas fabricadas aquí habían llegado a aquel país de manera absolutamente clandestina.

—Y eso, de saberse, situaba a nuestro gobierno en una posición muy delicada frente a la opinión mundial, ¿no, senador?

—Usted lo ha dicho, señor Wagner. Tuvimos que aceptar una serie de compromisos formales con aquella nación para evitar que llegaran comentarios sobre el tráfico de armas a los países del Este. Pero había que investigar a fondo y tomar todas las precauciones y medidas necesarias para que un caso semejante no volviera a repetirse. Provocar revoluciones y caídas de regímenes para traficar con armas fabricadas en nuestro suelo puede costarnos graves problemas en nuestras zonas de influencia política.

—Ya empiezo a entender —dije—. Por eso Susan Lloyd trabajaba, en apariencia, como secretaria de un alto ejecutivo en una empresa destinada a la fabricación de armamento.

—Sí; así es, señor Wagner. Susan Lloyd pertenecía al Departamento de Defensa en calidad de agente especial desde hace tres años. Había resuelto varias misiones con éxito y por eso, cuando nuestras sospechas se centraron en la «GRAVES ARMAMENT TRUST-C⁰», lo preparamos todo para que ella entrara en la empresa para investigar desde dentro. Herman Lovich completaría la operación desde el exterior, siempre cerca de ella, y Darren Brasseur, uno de nuestros colaboradores en Nueva York, les prestaría a ambos la ayuda que fuese precisa. Susan no había hecho grandes progresos aunque últimamente había informado de la posibilidad, no confirmada, de que William Graves, director general y presidente del consejo de administración de la «GRAVES ARMAMENT TRUST-C⁰», hubiera llevado a cabo la operación, solo, por su cuenta y riesgo.

—¿Cuánto tiempo hace que Susan pasó esos informes?

—Un mes, aproximadamente.

—¿Qué piensan hacer ustedes ahora?

—Lo que por desgracia se hace siempre en estos casos, Wagner. Sustituir a los agentes asesinados y reemprender la investigación con medios y técnicas diferentes.

—Ambos asesinatos han sido obra de un eficiente profesional, senador Jurgens. ¿Tiene usted idea de qué clase de especialistas del crimen se dedican a eliminar agentes del gobierno?

Me sonrió con tristeza.

—Eso es pretender la cuadratura del círculo. Hay varios. Aunque nuestros hombres también los eliminan, salen otros nuevos. Es una cadena...

—¿Algún nombre, señor Jurgens?

—Varios, ya lo he dicho. Por citar a los más representativos, a los más efectivos por desgracia, a aquellos que no hemos podido eliminar, le diré... Gayle Holden, Charles Aldridge, Pamela Conrad, Michael Stewart, y algunos más. Cada uno tiene diez nombres, veinte apariencias distintas y cincuenta pasaportes. Es como buscar una aguja en un pajar. Yo, señor Wagner y señorita Lloyd, les aconsejaría, pese a que comprendo su dolor como hermana... que dejasen el asunto en manos nuestras. Tenemos mejores y mayores medios, con los cuales...

—Con los cuales —le corté—, harán lo imposible para poner fin al problema del contrabando de armas, pero no se preocuparán de buscar al asesino de Susan y Herman. ¿Me equivoco, senador Jurgens?

—Una cosa trae la otra, son causa y efecto, o viceversa, como lo prefiera.

—Yo —me puse en pie— prefiero seguir mis investigaciones. Ha sido un placer, senador Jurgens —le tendí la diestra—. Le agradezco que nos haya dedicado unos minutos de su precioso tiempo.

Geraldine, me imitó.

Lawrence Jurgens, con expresión mucho más preocupada que al recibirnos, estrechó las manos que le ofrecíamos.

Mirando con rectitud a Geraldine, le dijo con suavidad en la que se leía un ruego:

—Por favor, señorita: sea consecuente al tomar asiento frente a la máquina de escribir.

—Lo procuraré —le contestó la hermosa periodista.

Salimos del despacho y al cruzarnos con la señorita carcamal, yo, la saludé con un gruñido. Geraldine, más educada y correcta, le dijo adiós.

Camino del aeropuerto, habíamos viajado desde Nueva York con billete open, Geraldine me preguntó:

—¿Has sacado algo en concreto, Dennis?

Me encogí de hombros en gesto poco elocuente. Maticé:

—Según se mire, cariño.

Me besó con suavidad. Y dijo:

—Ha hecho falta que viniésemos a Washington para que me llamasen cariño, en lugar de prenda, muñeca o cosas por el estilo.

—Me dan ganas de añadir que me estoy enamorando de ti..., pero no sé si es prudente que lo sepas.

El taxista apartó los ojos del espejo retrovisor porque el hombre no debía ser de piedra y Geraldine se estaba *pasando* conmigo.

Volvimos al tema inicial de conversación. Le expliqué:

—Lo concreto es que tenemos un sospechoso más... y más cualificado: William Graves.

—Pero en el supuesto caso de que sea el cerebro rector del contrabando de armas, está claro que no es el asesino material de mi hermana y de Herman.

—No —acepté—, eso es evidente. Como máximo decretó esas muertes, como habrá sentenciado posiblemente a otros. Pero el ejecutor se encuentra todavía en Nueva York.

—¿En qué te basas...?

—Una simple corazonada, pero se me antoja que válida.

—¿Quién...?

—¡Vaya preguntas, mi vida! ¿A qué te ha gustado eso de mi vida, eh?

—¡Tonto! ¡Engreído...! ¡Pero estás muy bueno y me vas! Y creo que también empiezo a quererte.

—¡Chica ésta, madre mía! —Y la besé. Luego dije—: Ya has oído al senador Jurgens, ¿no?; diez nombres, veinte apariencias distintas y cincuenta pasaportes. Este asunto ha ido mucho más lejos de lo que yo podía imaginarme cuando la mariquita me contrató para investigar la muerte de Susan en su afán de querer proteger a Herman. ¡Y mira por dónde...! Para un muerto de hambre como yo, un detective de baratillo, esto es mucho..., ¡pero o me como el

pastel o reviento, palabra!

—Procura no reventar, Dennis. Piensa que ahora estoy yo, que no estás solo ya... ¿Qué piensas hacer cuando lleguemos a Nueva York?

—Visitar a William Graves. Ya me estoy acostumbrando a tratar con gente de las altas esferas. ¡Ah!, tengo un trabajito para ti.

—¿Cuál...?

—Ya hemos llegado —dijo el taxista en aquel momento.

Efectivamente, acababa de estacionarse en la zona de *parking* del aeropuerto.

Pagué la carrera y nos apeamos.

Mientras nos dirigíamos a la oficina de vuelos nacionales, le dije a Geraldine:

—Demuéstrame que eres una buena periodista y averigua todo lo que puedas sobre Darren Brasseur, una amiguita suya que se llama Jessica... sus matones, etc. ¿Vale?

—Lo procuraré.

CAPÍTULO X

Me fijé de una forma instintiva en el Nash de color azul y modelo reciente que abandonaba el estacionamiento que se abría en la enorme explanada, junto a Pelham Bay Park, frente al edificio administrativo de la «GRAVES ARMAMENT TRUST-C⁰», ubicado en el 1837 de Westchester Avenue.

Axel Marvin, mi colega, iba al volante.

¡Vaya!, no había necesitado ir a Washington para...

Ya en recepción, expuse el motivo —falso— de mi visita hacia el director de la empresa.

Una joven y bonita telefonista, me dijo:

—Veré lo que se puede hacer.

Primero usó el teléfono, habló con alguien y al final se dirigió de nuevo a mí:

—Suba a la planta séptima y pregunte por la señorita Katharine.

—O. K. y gracias, guapita.

Planta séptima. A la puerta misma del ascensor estaba la mesa del ordenanza. Le pregunté:

—¿La señorita Katharine, por favor?

Salió de detrás de la mesa y dijo:

—Sígame.

Lo seguí, pasillo abajo. Se detuvo frente a una puerta mitad de madera mitad de cristal biselado.

Entró.

—Señorita Katharine, un caballero pregunta por usted.

Desde el interior escuché una voz femenina, suave, agradable y bien timbrada que decía:

—Hágalo pasar.

Se hizo a un lado y entré.

Katharine era una pelirroja que quitaba el resuello. Estaba de pie y su cuerpo metido en una sola pieza de negro brillante era algo digno de un museo de escultura. Trazos magistrales recortaban su anatomía, entrantes y salientes... ¡abrupta orografía la suya! ¡Y vaya par de cordilleras!

—¿Usted dirá, señor...?

—Dennis Wagner —recuperé el resuello que Katharine me había quitado—, señorita. Deseo entrevistarme con el señor Graves.

—Está muy ocupado. ¿Puede decirme de qué se trata?

—Soy detective privado y estoy investigando la muerte de una empleada de esta empresa; Susan Lloyd.

—¡Ah, sí, qué lástima! Me he enterado esta mañana de su... muerte. Parece ser que sucedió en circunstancias extrañas, ¿no?

—Todos los crímenes están rodeados de circunstancias extrañas, Katharine —suprimí el «señorita». Y le insistí, acercándome, con una sonrisa significativa—: Es preciso que hable con William Graves lo antes posible... y espero que usted me ayude a conseguirlo. ¿De acuerdo, guapísima?

—¿Siempre abusa de sus encantos masculinos para conseguir lo que quiere? —inquirió, abandonando la protección de la mesa.

Así, como se lo cuento, la cacé por la cintura, la aplasté contra mí y la besé en su boca de labios gruesos, carnosos, apetecibles. Ella no se rasgó las vestiduras... se limitó a darme la lengua y nos lo pasamos de coña prolongando el beso todo lo que nos dio la gana.

Aunque pensé en Geraldine, no me remordió la conciencia. De haber podido, en aquel mismo instante, me hubiese encamado con Katharine. El amor y el placer son dos cosas paralelas que no siempre tienen que ser tangenciales.

Cuando nos cansamos del trabalenguas y del intercambio de húmeda salivita, le contesté:

—No siempre, prenda —le di un cachetazo en las nalgas—. Y ahora, gestióname esa entrevista.

Diez minutos después, me recibía el mismo William Graves en persona.

—¡Vaya! —exclamó—. El segundo detective con quien me las veo en el espacio de una hora. ¿También viene por lo de la pobre Susan, no?

Me senté en la funcional butaca que él señalaba, estudiándolo.

No iba más allá de los cuarenta y cinco. Daba la talla, tanto por su elegante apostura como por su clase manifiesta, de un director general de empresa. Debía tener éxito con las hembras —pensé que seguro se había calzado a la pelirroja que quitaba el resuello tantas veces como le había venido en gana— porque tenía pinta atlética y era bien parecido.

Yo no estaba allí para hacer bocetos, ¡leche!

En respuesta a su pregunta y pensando que había llegado la hora de jugar fuerte y de arriesgar, aunque en el riesgo pudiera ir implícita la propia piel, largué:

—Sí..., pero con diferentes matices, amigo Graves —no me negarán ya, que iba adquiriendo soltura y maneras de investigador de literatura o celuloide, ¿eh? Porque a aquel gran tipo estaba dispuesto a meterlo en aprietos. Añadí—: Si usted fuera responsable de que en cierto país se produjera una revuelta... armada con material salido de esta fábrica, y si supiese que en Washington sospechaban de usted y le colgaban dos agentes secretos a la espalda, ¿supongo que contrataría a un buen profesional del mundo del crimen para eliminarlos, verdad?

Se echó atrás en su butaca al tiempo que soltaba una estridente carcajada.

—¡Por Dios, Wagner! ¿Se llama Wagner, cierto? ¡Menuda imaginación la suya! ¿No ha probado a escribir novelas?

Reí también, pero en silencio y con frialdad, Sentencié:

—No. Pero puede que algún día lo intente. De momento, intento descubrir al asesino de una mujer llamada Susan Lloyd, que trabajaba en esta casa... y al asesino de un tipo llamado Herman Lovich. Ande, dígame que nunca había oído hablar de él.

—No, nunca...

—El criminal es la misma persona, Graves. Porque tanto Susan como Herman trataban de desenmascarar a un canalla que comercia con vidas ajenas, traficando en la venta clandestina de armas y promoviendo revueltas para colocar el género, sin importarle quién pueda morir ni la situación en que coloca a su país...

—Y eso, detective, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Usted fabrica armas.

Largó otra carcajada.

—¿Y por eso las tengo que vender clandestinamente? Empieza

usted a cansarme, Wagner.

—Si pruebo que usted es el contrabandista y el que ordenó liquidar a Lovich y Susan, dése por muerto. Y hablo muy en serio. Llegaré antes que los de Washington y lo meteré en un traje de madera. Pino o caoba, eso me importa un rábano.

Se puso en pie, indignado.

—¡Fuera inmediatamente de mi despacho, detective! —bramó, rojas las mejillas—. ¡Largo!

Me alcé de la butaca mostrándole la palma de ambas manos.

—O. K., director general. Pero ándese con cuidado... tengo el presentimiento de que volveremos a vernos.

—¡Fuera...! ¡Lárguese antes de que le eche a puntapiés!

—Para eso, le faltan a usted pantalones, Graves. ¡Nos veremos!

Y salí.

Como Katharine no tenía que ver con aquello, le di otro repasillo antes de largarme. ¡Vaya popa la suya!

—Cualquier día te hago proposiciones de catre.

—Busca mi teléfono en la guía: Katharine Bergman, Jerome Avenue...

—Te tendré presente, linda.

Y me largué, tras un último paletazo en las nalgas.

Me persiguió hasta la puerta para agradecérmelo con un beso.

Otra vez me señalaba el índice acusador de Geraldine.

CAPÍTULO XI

Habíamos pedido un par de hamburguesas y dos jarras de cerveza.

—McCrea anda loco buscándote.

—¿Por...?

—Se han cargado a Darren Brasseur —me soltó, así, secamente, tras darle un bocado a la hamburguesa.

Largué un taco muy gordo. No lo transcribo por vergüenza de detective en alza.

—¿Cuándo, Geraldine?

—Esta madrugada. Un solo disparo, a quemarropa, en mitad de la garganta. La mujer de la limpieza lo ha encontrado en su apartamento. ¿Y ahora?

—Alguien se parte el trasero borrando pistas. De un lado el asesino... de otro el que le paga. Lo siento por Brasseur ya que me hubiera sido útil, pero le está bien por haberse vendido al otro bando.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó la periodista de mis sueños.

—Intuición profesional. Y a Lovich se lo cargaron por lo mismo. Estoy seguro de que había aceptado pasta de la competencia. Con la única que no pudieron fue con Susan... Era íntegra y, además, sabía que podían liquidarla igualmente. Lovich intervino en su muerte, citándola. Por eso el asesino sabía el momento en que tu hermana aparecería en aquel tramo de pasillo solitario y la esperó, apostado en el descansillo de la escalera de incendios. Susan sólo cometió un error.

—¿Cuál?

—No informar con prontitud a Washington de todo lo que había descubierto. Cabe la posibilidad de que esperase obtener pruebas concluyentes... de todas formas, se equivocó. Y ha pagado con la

vida. Estoy convencido de que Herman Lovich, con quien por lo que tú y yo sabemos, Susan mantenía relaciones sexuales, quiso convencerla de que se pasara al otro lado. Seguro que empleó el argumento del dinero y que incluso le debió proponer que cuando hubiesen sacado el suficiente...

—¿Chantajé al cerebro de la operación? —me interrumpió Geraldine.

—Llámalo así. Que podrían largarse con un buen fajo a cualquier país de Sudamérica. Susan dijo nones y firmó su sentencia. Aunque insisto en lo de antes: Herman y ella hubieran muerto igualmente. Esa gente no se andan con puñetas porque saben lo mucho que se juegan.

Geraldine me miraba con expresivo asombro. Con admiración me atrevería a decir.

—Por lo que estás diciendo, imagino que sospechas de alguien, ¿no?

—Sí... —murmuró en tono quedo—, pero sólo son eso, sospechas. Y eso no vale ante un jurado. Pero más que la cabeza rectora me preocupa el asesino, porque ése puede volatilizarse en menos de lo que cuesta decirlo. Nueva identidad, otro rostro, cambio de pasaporte... ¡y a seguir asesinando por ahí! Sólo resta la posibilidad de que mi jugada dé sus frutos y venga por mí... ¡Axel! —solté esa exclamación de repente—. ¡Axel! —añadí—. Creo que también está en peligro.

—¿Por qué?

Justo en aquel instante apareció a nuestro lado George McCrea.

—La montaña viene a Mahoma —dijo.

Miré a Geraldine.

—¿Se lo has dicho tú?

Cabeceó afirmativa.

—Sí. Y no creo que te importe. Está de nuestro lado...

—Y dándole la razón a usted, pesquisa. ¿Recuerda lo que me dijo en el pasillo de la planta décima de su escalera, ayer? «... *tengo el presentimiento de que acabará arrastrándose hasta mí oficina como una serpiente para pedirme ayuda*». No he ido como una serpiente, pero... ¿No le hace eso feliz, Wagner?

Le ofrecí la hamburguesa.

—¿Quiere un bocado? —Le vi que negaba con la testa. Agregué

—: En parte, sí. Ayer estaba muy cabreado con usted, policía. Pero empiezo a entender. Geraldine tenía razón cuando me dijo que no era mal tipo. Sí, en su oficio, los hay de peores. ¿Le hace eso feliz, teniente?

—En parte, sí. ¿Qué me cuenta de sus progresos en Washington?

—¡Hable en voz baja! —ironicé— James Bond puede estar detrás nuestro. Cualquiera de los que hay aquí dentro puede ser un agente supersecreto. ¡Aunque para lo que sirven! Les pasa, en parte, como a ustedes, McCrea, ¿entiende?

—Si no es más explícito.

—Que arman siempre un follón de mil demonios para nada. ¿Quiere que le cuente por qué se han cargado a Susan, Herman y Brasseur?

Tomó asiento a mi lado.

—Cuéntemelo. Y cuénteme también el sobo que le arreó ayer por la noche a Brasseur, ¿no?

—Todo está conectado, policía —le dije, sacudiendo otro bocado a mi hamburguesa. Luego le conté lo de Washington, parte de lo que acababa de explicarle a Geraldine y me callé la entrevista con William Graves. Para finalizar—: El mundo del espionaje es así de complicado, teniente.

—¡Bravo, excelente, muy bien! —Me aplaudió. Inquiriendo con cierta mordacidad—: ¿Y a qué nos conduce todo eso, pesquisa?

—A una doble hipótesis, McCrea. Axel Marvin y un servidor nos estamos haciendo muy vistos... *intentarán liquidarnos, George McCrea, teniente de la Brigada de Homicidios de mi distrito*. Yo no tengo muy buenas relaciones con mi colega y si intento prevenirle me mandará a un sitio feo, ¿por qué no le hace usted una visita?

—¿Cree que tendré más éxito?

—Cabe la posibilidad. Y es un favor que yo le pido a cambio de cuanto acabo de explicarle. ¿Hace?

—Hace. Déme las señas.

—No tengo su tarjeta, ya le he dicho que nuestras relaciones son muy frías. Sírvase consultar el alfabético de la telefónica..., pero cuanto antes, mejor.

—¿Qué piensa usted hacer entretanto? —me preguntó.

—¿No pretenderá que le tenga al corriente hasta de la hora en que hago pipí, verdad? ¿Olvida los muchos derechos que me otorga

la constitución de mí país, que si mal no recuerdo, es también el suyo?

Se levantó.

—A veces me carga usted, detective. ¡Y mucho! Iré a visitar a su colega.

—O. K. Se lo agradezco. Le debo un favor y me vale que usted haga de buen samaritano.

—Llámeme si hay alguna novedad, ¿eh? —dijo al despedirse.

—Eh —repuse burlón.

Cuando George McCrea hubo salido de la cervecería, Geraldine habló:

—Tengo la impresión de que me ocultas algo, Dennis.

—¡Vaya! ¿También tú...?

—Lo mío es corazonada femenina.

—Pues ve al cardiólogo porque hay una manecilla del reloj que se te encalla y te da la hora equivocada —repuse, bromeando, buscando con la broma distraer a su atención porque, ¡diablos de criatura!, había pegado de lleno en el blanco. Ni a ella ni al teniente, por supuesto, les había revelado la idea que hervía en mi cerebro, la intuición, la hipótesis, la corazonada como acababa de decir Geraldine, o lo que fuera, acerca de la identidad del asesino. Y por si estaba en lo cierto, durante unas horas, iba a procurar tenerla alejada de mí. El riesgo era mío y yo iba a correrlo. Le dije, siguiendo en plan irónico—: No quiero casarme con una chica que tiene el corazón averiado. Admito como defecto tolerable que seas periodista, pero lo del corazón... ¡eso no lo aguanto!

—Mira que eres tonto a veces, ¿eh?

—Pero te voy cantidad, ¿no?

—Eso sí, canalla. ¿De verdad vas a casarte conmigo? Así por las buenas, sin apenas conocernos.

—Es como mejor salen las cosas, bonita. Si uno empieza a pensarlas...

—Pues quiero darte tiempo.

—No corras ese riesgo, periodista. Ofrecimientos como éste sólo los hago una vez en la vida. ¡Ah!, volviendo al terreno profesional: aparte de Brasseur, ya fiambre, ¿qué has averiguado de lo otro que te encargué?

—Poca cosa. Esa fulana, Jessica Ford, es una cualquiera de altos

vuelos. Se lo hace con tipos de buena reputación y va viviendo. Los tipos que estaban con Darren Brasseur, matones baratos la mayoría. Nada que pueda serte útil.

—¿Sabes dónde vive esa tal Jessica?

—No.

—Te agradecería que lo averiguaras. Podemos vernos esta noche, sobre las once... ¿en tu apartamento o en el mío?

—Me da igual. Probaremos esta vez en el tuyo. ¿Qué piensas hacer entretanto?

—Darme una vuelta por ahí. Hay tipos que venden información por unos dólares. De cosas sin importancia sale a veces una respuesta —estaba mintiendo y creí entender que Geraldine se daba cuenta de que mentía—, y necesito algunas respuestas. ¿A las once en el 617 de Crescent Street... de acuerdo?

Cabeceó afirmativa.

—De acuerdo..., pero supongo que sabes que no me convences, ¿cierto?

La besé en la boca al tiempo que me largaba, exclamando:

—¡Puñeterilla periodista!

CAPÍTULO XII

¡Toma!

Estaba montando guardia a la puerta de mi apartamento.

Y se vino hacia mí, haciendo las mariquitadas de costumbre.

—¡Uy, señor Wagner! ¡Menos mal! ¡Menos mal! ¡Yo qué sé la de horas que llevo intentando localizarle! ¿Pero dónde diablos... ¡oh, he dicho diablos!... dónde se ha metido usted todo este tiempo?

—He ido a examinarme para el permiso de conducir.

—¡Qué bobadas dice usted! —exclamó, caracoleando a mi alrededor. Preguntando, mientras yo abría la puerta, con timidez—: ¿Esto... ha conseguido averiguar algo? ¡No consigo quitarme de la cabeza lo del pobre Herman! ¡Era tan buena persona...! ¿Sabe usted... o tiene alguna pista? Los detectives son tan complicados.

—Pase —dije, secamente.

Y una vez en la parte de mi chamizo que empleaba como despacho, le solté:

—Me temo que tendré que devolverle los tres mil dólares.

—¡Uy! ¿Y eso por qué? ¿Es que...? ¿Puedo sentarme? Esto... — Se sentó porque le dije que sí y prosiguió con su pregunta interrumpida—, ¿es que piensa tirar la toalla como dicen los boxeadores? ¡Uy, boxeo, qué deporte tan bestia! Señor Wagner — me miró serio, dejando de hacer mariconadas y agregó—: Señor Wagner... no le creo capaz de plantar esta investigación así por las buenas. Aunque Herman Lovich. ¡Pobrecito!, no le importe a usted, si le importa Susan... al fin y al cabo era la hermana... ¡Uy, qué entrometido soy!

—Eso me temo, Richi, eso. Muy entrometido. Lo de devolverle los tres mil lo he dicho muy en serio, ¿sabe? Pero eso no significa que plante esta investigación. ¡Ah, a propósito! ¿De quién dice que

era hermana Susan?

—¡Uy, cómo se hace el loco! —exclamó, con una de sus contorsiones características—. ¡Pues de la periodista, hombre! De esa chica tan mona que va con usted. Mire por donde gracias a mí...

Solté la pregunta como una andanada. Restalló como un pistoletazo. Así:

—¿Cuándo, Richi... cuándo y cómo piensa liquidarme?

Abrió mucho los ojos. Desorbitándolos para ser más exactos. Mirándome como si acabara de cometer un sacrilegio, como si estuviese en pecado mortal y me llamasen de Arriba para subir a rendir cuentas.

Perfecta expresión de sorpresa la suya. Bien lograda. Propia de un profesional.

—¡Virgen santa! ¡Pero...! ¡Oh, Dios mío! ¡Este hombre se ha vuelto loco!

—El telón va a caer, Richi. La comedia ha terminado... y usted, debe ir olvidando su papel... *Jessica Ford*. ¿O es Pamela Conrad su verdadero nombre? Nadie mejor que una mujer para encarnar el papel de mariquita, desde luego. ¡Lo ha hecho de maravilla! Lo has hecho de coña, preciosa... ¿porque puedo tutearte, verdad? Anda, quítate la mascarilla, la peluca... ponte cómoda, mujer, estás en tu casa. De aquí, prenda, uno de los dos no saldrá vivo. Pero mejor dialogamos un poco antes, ¿no te parece?

Estaba haciendo lo que le había dicho. Y así, en pocos segundos, tuve ante mis ojos a la preciosa rubia que viera en el despacho de Brasseur... a la hembra en la que había encontrado algo que me resultaba familiar.

—No debía haberte subestimado... —dijo—, no. ¿Cómo lo has sabido, pesquisa?

—Empecé a sospechar de Massimo Richi esta madrugada, cuando a la puerta del edificio donde vive Geraldine, el teniente McCrea me dijo que el informe preliminar de balística apuntaba arma corta, calibre 7,92 milímetros y posiblemente automática marca Magnum. Y que el disparo sobre Susan se había efectuado desde el descansillo de la escalera de incendios. Massimo Richi tenía todos los números... Aunque en principio habías jugado bien tus bazas. Contratarme a mí, al detective muerto de hambre de *tu escalera*, no tenía más objeto que distraer la atención de la policía.

¿Qué iba a averiguar un tipo acostumbrado, como máximo, a seguir maridos infieles o a informar sobre esposas casquivanas? Conocías bien mi trayectoria, sabías incluso que hacía pinitos en prensa deportiva porque como detective no me comía un rosco.

—Pues me he equivocado, ya lo ves —repuso la rubia, muy tranquila, muy entera, sin evidente temor a nada... muy segura de que era ella quien saldría con vida de mi apartamento. Añadió—: Pero en parte, sólo en parte, me alegro. Porque he sacado del anonimato a todo un talento de la investigación, ¿no te parece, Wagner?

Le sonreí fríamente.

—Tú lo has dicho, muñeca. Todo un talento. Aunque debo admitir que bajo tu disfraz y papel de homosexual me llevaste al huerto. A ti te convenía alejar a McCrea, y eso era fácil con el simple hecho de contratarme y demostrar interés en que fuese descubierto el asesino de Susan, para lo cual, dabas a entender que tenías tus más y tus menos con Herman Lovich al que deseabas proteger de sospechas por el hecho de que el crimen se hubiese cometido casi en la puerta de su apartamento... y *del tuyo*. Lovich ya hacía tiempo que estaba con vosotros, ¿no?

—En efecto. Le gustaba demasiado el dinero.

—Y lo estabais utilizando para que persuadiese a Susan de seguir su camino, aunque tú, supongo, ya hacía tiempo que habías recibido la orden de eliminarlos y estabas elaborando meticulosamente tu plan. Susan se negó a los intentos de Herman y se proponía de inmediato informar a Washington aunque, imagino, sólo la frenaban sus sentimientos hacia Lovich. Pero no podías correr riesgos y se imponía acabar con ella de inmediato. Herman la hizo venir a una hora determinada empleando cualquier excusa convincente... puede que le dijera que había reflexionado y que estaba dispuesto a corroborar en un informe lo que ambos sabían...

—¡Maravilloso, pesquisa, maravilloso! —Parecía satisfecha y complacida con mis acertadas deducciones—. ¡Así fue exactamente! Si no te estuviera escuchando, no lo creería.

—Lo que no acabo de entender es que Herman Lovich fuera tan estúpido de no darse cuenta de que tras Susan iría él... ¡El muy imbécil le habló a Brasseur de mi visita!

—Ahí demostró ser más listo que yo, puesto que supo intuir que

tú eras peligroso —dijo Jessica.

—Pero se le terminó ahí la inteligencia porque yo, en su caso, me hubiese «abierto» al minuto siguiente de la muerte de Susan.

—Quería hacerlo, pesquisa, quería. Por eso se lo impedí con un balazo en la nuca. Después de telefonear a Darren, estaba dispuesto a largarse.

—¡Ah, Darren, otro pobre diablo! —exclamé—. Cobrando como colaborador de los confiados bobalicones del Departamento de Defensa... y trabajando para William Graves, traficante de armas y promocionista de revoluciones para vender material bélico. ¿También tuviste que ver con lo de ese país de Oriente Medio, no?

Me dedicó otra de sus frívolas sonrisas. No podía dejar de reconocer que la tía estaba buena. Lástima que se hubiera especializado en el crimen con aquella carita y aquel cuerpazo.

—Algo, sí. Soy polifacética. Política, ventas de armas, ejecuciones... ¡hay que vivir, pesquisa! Y a mí, me gusta vivir bien. Lo de Graves te lo han dicho en Washington, ¿no?

—O. K. Y entre una lista de varios, también me han dado tu nombre... en el supuesto de que te llames Pamela Conrad, claro.

—Me llamo Pamela Conrad, claro. Aunque ya he perdido la cuenta de los nombres...

—Y pasaportes que has llegado a emplear, ¿verdad?

—Yes, querido. Bien, y ahora que lo sabes todo, ¿qué piensas hacer?

—¿Tú qué crees, princesa? —pregunté con lentitud, con la misma lentitud que mi mano derecha subía hacia la axila en busca de la Browning que metida en la funda descansaba bajo aquélla.

—Yo no lo haría, detective —dijo el nuevo personaje que apareció en escena, quedando su figura enmarcada en el dintel de la puerta con la pistola empuñada.

Por eso yo no había precipitado mis movimientos, para no obligarle a usar el arma... porque sabía perfectamente que la tranquilidad de que hacía gala Pamela Conrad, alias Jessica Ford y alias Massimo Richi, era elocuente garantía de que no estaba sola. Su seguridad, su entereza, el estarme diciendo entre líneas: «*Soy yo quien saldrá viva de tu apartamento*», hacía rato que me habían abocado a aquella conclusión.

Por todo eso mi mano había subido despacio, para obligarle a

dar la jeta y no precipitar al mismo tiempo la acción de su dedo sobre el gatillo. Ya estábamos todos. Ahora se imponía aquello de... ¡viva la madre superiora!

No era cuestión de andarse con coñas porque yo, en aquel momento, me estaba jugando el pellejo.

Y tenía todos los números para perderlo.

—¡Hola, Graves! ¡Bienvenido! ¿Recuerda...? Le he dicho que tenía el presentimiento de que volveríamos a vernos —conforme hablaba, tranquilo por fuera, sólo por fuera, intentando desconcertarles con mi serenidad, me iba echando hacia atrás con silla y todo, milímetro a milímetro. Añadí—: Y supongo que recuerda que le he prometido un traje de madera, ¿verdad? ¿Pino o caoba... ha elegido ya?

—¡Acaba con él, William! —dijo Pamela, haciendo ademán de alzarse de su silla.

Había llegado el momento. La última jugada.

Acabé de irme atrás velozmente y con la suela de ambos zapatos por delante empujé la mesa contra la rubia con toda la violencia de que fui capaz. Pamela, sorprendida por mi acción y alcanzada de lleno por el brutal impacto de la mesa, trastabilló, tropezando con William Graves... estorbando su ángulo de tiro, estropeando su puntería porque alzó instintivamente el cañón de su pistola para no agujerearla a ella.

Sonó el disparo y el proyectil impactó en el techo, desconchándolo.

Yo había atrapado mi Browning camuflándome tras la mesa y asomando lo justo para darle gusto al dedo. El primer pepino se lo clavé a Pamela Conrad entre sus pechos que, en versión Massimo Richi, llevaba muy aplastados.

Pero la maté lo mismo porque el balazo, senos en punta o aplastados, había sido mortal de necesidad.

Soltó un agónico ronquido y se fue atrás estorbando de nuevo al director general de la «GRAVES ARMAMENT TRUST-C⁰», pese a que éste saltaba hacia la izquierda y me buscaba con un nuevo balazo que estuvo en un tris de ondularme el pelo.

Respondí al instante, pero el maldito nerviosismo, cuando más necesitaba de la serenidad, me hizo errar un blanco que era prácticamente mío. Y lo peor, que seguro de no fallar, me había

puesto por completo al descubierto.

Fue entonces cuando sonó el tremendo estrépito. Algo así como si estuvieran derribando la casa. Y era alguien que había saltado la puerta a trompazos, o que lo estaba intentando.

William Graves también de forma instintiva, distrajo su atención de mi persona fracciones de segundo.

Ahora, no perdoné.

Esta vez, no fallé.

Apunté con pulso firme dándole al gatillo tres veces consecutivas, sin pausa, sin concesiones.

Las tres veces hice blanco en el cuerpo del mercader de material bélico. Le vi ensayar una danza agónica, discordante, rebotando al compás de los impactos, dejando escapar chorros de sangre, rebotando en la pared del pasillo y tratando de asirse a ésta, a un imaginario saliente, en patético y desesperado afán de mantenerse en pie.

Resistiéndose a abandonar la vida.

Dio un giro hacia mí y a punto estuve de balearle por cuarta vez... me detuvo el estrabismo de sus vidriosas pupilas, la expresión estúpida de sus facciones y la contracción final que lo enviaba inexorablemente al suelo con la muerte por sudario.

Otro violento trompazo y:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Qué nadie se mueva! ¡Los brazos en alto!

Aquella gente no mejoraba... ¡siempre tarde!

—A buena hora mangas verdes, teniente. O si lo prefiere de otra forma: muerto Pascual, le sacaron el jarro de mear. ¡Anda ya, tío!

Tuvo que aceptarlo así.

Era mi turno y estaba usando y abusando de él.

Dennis Wagner, el pesquisa en paro, el detective injustamente marginado por esa sociedad que con frecuencia se deja deslumbrar por nombres... (¡vaya frase que acabo de largar, eh!), yo, había triunfado a pulso; prácticamente solo.

A Toulouse-Lautrec la sociedad francesa y la mundial le reconocieron sus méritos artísticos y pictóricos cuando estaba en el lecho donde se casca. A mí, la humanidad, tendría que rendírseme en vida, ¡en vida!, que es cuando uno puede saborear los homenajes. ¡Qué leches le cuentan a un muerto de medallas

póstumas y puñetas!

Resumiendo: lo mío fue toda una lección para los profesionales de la literatura y el celuloide.

Apareció ella. Gritó:

—¡Dennis! ¡Dennis, amor mío!

Me la encontré metida en el tórax, abarcándome con los brazos. La besé con largueza, recreándome —se imponía, ¿cabe alguna duda?—, para lo cual, a lo Humprey (pronuncíese Janfrey) Bogart, dejé caer la Browning en tierra.

—Axel Marvin ha sido asesinado —le oí decir a George McCrea, mientras sorbía el aliento de aquella deliciosa criatura—. Por eso me he venido para acá rápidamente porque...

—¡Pues si llega a venir despacio! —exclamé, apartando mis labios de los de Geraldine.

—Tendrá que acompañarme para prestar declaración, Wagner.

Mira qué bien, ¡en eso mismo estaba pensando yo en aquel momento! George McCrea no estaba en el mundo, no se enteraba de la película que estaba rodando en su vecindad.

—Mañana, teniente, mañana. Pero si cuando llega a comisaría tiene ganas de escribir, puede comenzar mi declaración, poniendo: *«Todo empezó ayer, con un crimen en mi escalera...»*.

La volví a besar y pasé mucho de las repetidas tosecillas, forzadas e inoportunas, de George McCrea, teniente de la Brigada de Homicidios de la comisaría del distrito de mi barrio... que a partir de aquel momento me haría mucho caso y me tendría en elevada estima y consideración.

Muchos son los llamados y yo, un servidor de tú, de tú, de tú y de tú... de todos ustedes en general, queridos amigos que me habéis soportado; y yo, decía, entre los elegidos.

—A que ahora les pesa que me largue, ¿verdad? Porque a fin de cuentas, familia, se lo han pasado bastante bien conmigo, ¿no es cierto?

¡Pues mejor me lo estoy pasando yo!, ¿vale? Y es que esta cría tiene una boca, y unos...

¡Hasta otra, familia! ¡Ciao, queridos!



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.